

Audiolibro El Filo De La Navaja W
Somerset Maugham Cap Tulo V

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Ada Ward (St. Lawrence)** - - - - - CAPÍTULO QUINTO. 1. Tomé con calma el trabajo que me había llevado a París, agradable en primavera, floridos los castaños de los Champs Elysées y bañadas de alegre luz las calles. Flotaba en el aire el placer, un placer ligero y transitorio, sensual sin grosería, que hacía el andar más elástico y aguzaba la inteligencia. Me sentía feliz con la compañía de mis distintos amigos, y sentía en mi corazón amables recuerdos de tiempos pasados. Al menos en espíritu, recobré algo del vivo calor de la juventud. Juzgué necio permitir que el trabajo estropeará la delicia del momento pasajero, de la cual acaso nunca volviera a disfrutar. Isabel, Gray, Larry y yo hicimos numerosas excursiones a lugares de interés, situados a cómoda distancia. Fuimos a Chantilly, a Versalles, a Saint Germain y a Fontainebleau. Dondequiera que íbamos, comíamos bien y copiosamente. Gray comía abundantemente para saciar su enorme corpachón, y no era raro que libase con excesiva copiosidad. Su salud, fuera merced al tratamiento de Larry, o simplemente debido al fluir del tiempo, había mejorado sin duda alguna. Ya no sufría aquellos atormentadores dolores de cabeza, y sus ojos iban perdiendo la expresión atónita y desconcertada que encontré tan digna de piedad cuando le vi llegar yo a París. No hablaba mucho si no era para contar, de tarde en tarde, alguna larguísima historia, pero celebraba con muy sonoras carcajadas las bromas de Isabel y mías. Lo pasaba bien. Aunque nada ameno, era tan excelente su humor y disfrutaba con tan poca cosa, que resultaba imposible no encontrarle simpático. Era uno de esos hombres cuya compañía vacilamos en aceptar durante una velada literaria, aunque pensemos gustosamente en ella si de seis meses se trata. La contemplación del amor que a Isabel profesaba era causa de delicia. Adoraba su belleza y la tenía por la más brillante y fascinadora criatura del mundo; y su devoción a Larry, devoción perruna, era conmovedora. También parecía que Larry lo estaba pasando bien, y nació en mí la idea de que consideraba aquella temporada como una especie de vacaciones en medio de la ejecución de cualesquiera proyectos que tuviera formados, y que estaba disfrutando serenamente de ellas hasta el máximo de sus posibilidades. Tampoco él se mostraba hablador, pero no importaba, pues su mera compañía era ya conversación suficiente. Era tanta su naturalidad, mostraba tan placentera alegría, que no se sentía junto a él necesidad de pedirle más de lo que daba, y yo bien sabía que si los días que pasamos juntos fueron tan felices se debió a estar él entre nosotros. Aunque nunca decía cosas ingeniosas ni graciosos donaires, sé que sin él hubiésemos estado apagados. Al regreso de una de estas giras presencié una escena sorprendente. Habíamos estado en Chartres y regresábamos hacia París. Gray iba conduciendo, con Larry sentado junto a él; Isabel y yo íbamos detrás. Estábamos cansados después de un día que resultó agotador. Larry llevaba un brazo descansando a todo lo largo del respaldo del asiento delantero. El puño de la camisa, desplazado hacia arriba por la postura, dejaba ver la muñeca, delgada pero vigorosa, y parte del antebrazo, tostado por el sol y tenuemente cubierto de vellos finísimos, dorados por el sol, que brillaba sobre ellos. La inmovilidad de Isabel me llamó la atención y volví hacia ella la mirada. Era tal su estatismo, que pudiera habérsela creído hipnotizada. Respiraba agitadamente. Tenía la vista clavada en el musculoso antebrazo y en sus dorados y finos vellos, y en la mano, larga y delicada, pero poderosa, y jamás he visto en humano semblante la hambrienta concupiscencia que vi expresada por el suyo. Era una máscara de lujuria. Nunca pudiera imaginar que sus bellísimas facciones fueran capaces de asumir una expresión de tan desenfadada sensualidad. Era más bestial que humana. Vi su rostro desposeído de belleza; aquella expresión lo tornaba odioso y amedrentador. Hacía pensar inevitablemente en una hembra encelada, y sentí asco. No advertía ella mi presencia; no advertía nada, sino aquella mano, que descansaba negligentemente a lo largo del respaldo y que la llenaba de frenético deseo. Entonces, algo como un espasmo tembló en su cara, se estremeció ella toda, y cerrando los ojos dejó caer el cuerpo sobre el rincón del coche. —Dame un cigarrillo —dijo con una voz tan bronca que apenas la reconocí. Saqué uno de mi petaca y se lo encendí. Comenzó a fumarlo con avidez. Durante el resto del camino miró

por la ventanilla, sin decir nada. Así que llegamos a su casa, Gray pidió a Larry que me llevase al hotel y guardara luego el coche en el garaje. Larry ocupó el asiento del conductor, y yo el contiguo. Cuando cruzaban la acera, Isabel tomó del brazo a Gray y apretándose contra él, le dirigió una mirada que no pude ver, pero cuyo significado adiviné. Supuse que Gray tendría aquella noche una apasionada compañera, pero que jamás adivinaría los remordimientos causantes de tal ardor. Se acercaba ya el mes de junio y tenía yo que regresar a la Costa. Unos amigos de Elliott, que se iban a América, habían prestado su casa en Dinard a los Maturin, y allí pensaban dirigirse Isabel y Gray con las niñas tan pronto como cerraran los colegios. Larry pensaba permanecer trabajando en París, pero se iba a comprar un «Citroen» de segunda mano y les había prometido pasar unos días con ellos durante el mes de agosto. La última noche de mi estancia en París, convidé a los tres a cenar conmigo. Aquella noche fue cuando nos encontramos con Sophie Macdonald.

2. Isabel concibió el deseo de recorrer los lugares de reunión nocturna de más baja estofa, y como no me fueran desconocidos, me pidió que les sirviera de guía. No me agradó la idea, porque en los lugares de esa índole que hay en París no es raro que den muy evidentes y poco agradables muestras de la escasa complacencia con que ven llegar a ellos turistas procedentes de otro mundo. Pero Isabel insistió. Le advertí que resultaría tedioso y le supliqué que se vistiese con sencillez. Cenamos tarde, pasamos una hora en el «Folies-Bergère» y nos pusimos en marcha. Los llevé ante todo a una bodega cercana a Notre Dame, frecuentada por chulos y rameras. Yo conocía al propietario, y él mismo nos hizo sitio en una larga mesa a la cual estaban sentados muy indeseables personajes; pero pedí yo vino para todos, y brindamos los unos por los otros. Hacía calor, estaba cargado de humo el aire y no era grande la limpieza. Los llevé a las «Sphynx», donde unas mujeres, sin más ropa que sus ricos pero deslucidos trajes de noche, exhibiendo los pechos completamente desnudos, se sientan en dos bancos enfrente el uno del otro, y cuando la música toca, bailan juntas melancólicamente, avizorando ansiosamente hacia los hombres, que se sientan ante mesas de mármol alrededor del salón. Algunas de las mujeres guiñaron a Isabel al pasar cerca de nosotros, y yo me pregunté si ésta sabría lo que querían decir. Desde allí nos dirigimos a la rue de Lappe. Es una calle sucia, estrecha, y nada más que entrar en ella se recibe una impresión de sórdida lujuria. Entramos en un café. Allí, el acostumbrado muchacho, pálido y enfermizo, tocaba el piano, mientras otro hombre de más edad rascaba un violín y un tercero hacía ruidos discordes con un saxofón. Estaba abarrotado y no parecía haber ninguna mesa disponible; pero el patrón, al ver que éramos clientes con dinero que gastar, hizo levantarse sin ninguna ceremonia a una pareja, obligándolos a sentarse a una mesa ya ocupada, y nos acomodó. Las dos personas desalojadas no lo tomaron de buen grado, y comenzaron a hacer comentarios que no podrían tomarse como halagüeños. Muchos de los presentes bailaban; marineros con un rojo pompón en las gorras, hombres por lo general sin destocar, y con pañuelo al cuello; mujeres de edad madura y muchachas de pocos años pintadas y repintadas, sin sombrero, con faldas cortas y blusas de colores. Algunos hombres bailaban con muchachos carnosos, de ojos pintados; mujeres flacas, de duras facciones, bailaban con otras gruesas y de pintado pelo; otras eran parejas mixtas. La atmósfera estaba cargada de humo y de los efluvios del alcohol y de los cuerpos sudorosos. La música tocaba interminablemente, y la desagradable chusma seguía dando vueltas, brillantes de sudor las caras, con una solemne intensidad que resultaba horrible. Había algunos hombretones de aspecto brutal, pero por lo general eran los presentes entecos y flacos. Miré a los tres que tocaban. Hubieran podido ser fantoches mecánicos, tan automática era su ejecución, y me pregunté si era posible que en otros tiempos, cuando comenzaron sus carreras, habrían pensado que iban a ser músicos a quienes acudiría la gente a escuchar y aplaudir desde muy lejos. Hasta para tocar mal el violín es necesario tomar lecciones y practicar. ¿Era plausible pensar que aquel violinista se tomara tanta molestia para tocar foxtrots hasta altas horas de la madrugada en aquel apestoso y vil ambiente? Cesó la música, y el pianista se enjugó el rostro con un pañuelo sucio. Los bailarines fueron acercándose a sus mesas, arrastrando los pies, o contoneándose. Y en aquel momento llegó a nuestros oídos una procaz exclamación puramente norteamericana. Se levantó una mujer de una de las mesas del otro extremo del café. El hombre que la acompañaba intentó detenerla, pero ella le apartó de un empujón y atravesó la pista con paso inseguro. Estaba muy borracha. Se acercó a nuestra mesa y se detuvo ante ella, vacilante y sonriendo estúpidamente. Dijérase que encontraba nuestra contemplación profundamente divertida. Miré a mis compañeros. Los ojos de Isabel, clavados en la mujer, carecían de expresión. Gray tenía la cara arrugada por una mueca hosca. Larry la miraba como si no pudiera dar crédito a sus ojos. — ¡Hola! — dijo la mujer. — ¡Sophie! — exclamó Isabel. — ¿Pues quién demonios creíais que era? — dijo con voz que parecía un gorgoteo. Agarró a un camarero que pasaba: — Vincent, tráeme una silla. — Tráetela tú — replicó él, zafándose. — Salaud! — chilló ella escupiéndole. — T'en fais pas, Sophie — dijo un hombre corpulento y grandón, de abundante y muy grasiento pelo, que estaba sentado junto a nosotros en mangas de camisa: — Aquí tienes una silla. — ¡Mira que encontraros a todos así! — dijo ella aún tambaleándose. — ¿Qué hay, Larry? ¡Hola, Gray! — Se dejó caer en la silla que el hombre que le había hablado colocó detrás de ella. — ¡Vamos a beber todos algo, Patrón! — gritó. Ya había advertido que el

propietario nos estaba vigilando. Se aproximó a nuestra mesa. — ¿Conoces a estos señores, Sophie? —preguntó tuteándola. —Ta gueule —respondió ella con risa de borracha—. ¡Son amigos de mi infancia! Y los voy a convidar a una botella de champaña. Y no nos traigas uriñe de cheval. Tráeme algo que pueda beberse sin vomitar. —Estás borracha, mi pobre Sophie. —Vete al diablo. El hombre se alejó, complacido de poder vender una botella de champaña (nosotros, por miedo, estábamos bebiendo coñac con sifón), y Sophie me miró inexpresivamente un momento. — ¿Y quién es éste? Isabel le dijo mi nombre. — ¡Ah! Ya me acuerdo. Una vez fuiste a Chicago. Eres un tío estirado, ¿no? —Puede ser —respondí sonriendo. No la recordaba en absoluto, pero no me sorprendió, pues hacía más de diez años que no había estado en Chicago, y conocía allí a mucha gente, y aún más desde entonces. Era una mujer alta, y de pie parecía serlo más, pues era muy delgada. Vestía una blusa de seda verde brillante, arrugada y con manchas, y una falda negra y corta. El pelo, muy corto, de amplia ondulación, pero revuelto, lo tenía teñido de un rubio llamativo. Estaba grotescamente pintada, con las mejillas cubiertas de colorete hasta los ojos; los párpados superiores e inferiores, casi ocultos bajo una capa azul. Cejas y pestañas desaparecían bajo la pintura, y la boca era escarlata gracias a la barra de los labios. Las manos, de pintadas uñas, no pecaban de limpias. Parecía la más vil de todas las mujerzuelas allí congregadas, y tuve la sospecha de que no solamente estaba borracha, sino bajo la influencia de algún estupefaciente. Mas sería inútil negar que poseía cierto vicioso atractivo; la arrogante inclinación de su cabeza y la pintura del rostro acentuaban el sorprendente color verde de sus ojos. Aun en su estado de embriaguez, era perceptible en ella una descarada impudicia que muy comprensiblemente atraería a cuanto de vil encierra el hombre. Nos abarcó a todos con una mirada sarcástica. —No parece que estéis demasiado encantados de verme. —Ya había oído decir que estabas en París —dijo Isabel con una sonrisa helada. —Pues ya podías haberme llamado. Estoy en la lista de teléfonos. —No llevamos aquí mucho tiempo. Gray acudió en su socorro. — ¿Te diviertes en París, Sophie? — ¡Vaya! Tú te quedaste sin un centavo, ¿no, Gray? —Sí. — ¡Mala pata! Supongo que Chicago estará ahora terrible. Yo tuve suerte yéndome a tiempo. ¿Qué tal y cuál está haciendo ese hijo de mala madre que no nos trae de beber? —Ya viene —dije yo, al ver al camarero avanzando en zigzag por entre las mesas, con vasos y una botella en una bandeja. Mi respuesta atrajo su atención sobre mí. —Mi encantadora familia política me echó a patadas de Chicago. Dijeron que estaba echando a perder sus p... reputaciones. —Soltó una carcajada bestial—. Ahora me pasan una renta. Llegó el champaña y fue servido. Sophie se llevó una copa a los labios con mano temblona. —Al diablo los tíos estirados —dijo; y luego de vaciar la copa, miró a Larry —: No parece que tengas mucho que decir, Larry. Larry había estado contemplándola con cara compasiva. No le había quitado de encima los ojos desde que se aproximó a nosotros. Sonrió cordialmente. —No soy hablador. Empezó a tocar la música de nuevo y se acercó a nuestra mesa un hombre. Era alto, bien formado, de gran nariz aguilena, abundante pelo negro cubierto de brillantina y gruesos labios sensuales. Parecía un avieso Savonarola. Como la mayoría de los presentes, no llevaba cuello, y conservaba abrochada la muy ceñida chaqueta para exhibir el talle. —Venga, Sophie. Vamos a bailar. —Déjame. Estoy ocupada. ¿No ves que estoy con unos amigos? —No me importan tus amigos. A bailar he dicho. La agarró de un brazo, pero ella se libró de un tirón. — Déjame en paz —gritó ella con repentina violencia, añadiendo una obscenidad, a la que él contestó con otra parecida. Pero la última la dijo Sophie. Gray no entendía lo que estaban diciendo, pero percibí que Isabel, con ese extraño conocimiento que las mujeres más virtuosas parecen tener de lo obsceno, comprendía perfectamente, y una mueca de asco endureció su expresión. Alzó el hombre el brazo, abierta la mano, mano callosa de trabajador, e iba a abofetear a Sophie cuando Gray medio se levantó de su silla y le gritó con su execrable acento: —Allaiz vous ong. Se detuvo el hombre y dirigió a Gray una mirada de furia. —Cuidado, Coco —dijo Sophie con una risa de hiel—. Éste te puede. El hombre se dio cuenta de la enorme corpulencia de Gray, de su peso y aparente vigor. Se encogió de hombros malhumoradamente y arrojándonos una palabrota, se alejó mohíno. Sophie rió sonoramente. Los demás callamos. Yo le volví a llenar el vaso. — ¿Vives en París, Larry? —preguntó, después de apurarlo. —Por el momento sí. Siempre es arduo conversar con un borracho, y de nada sirve negar que el que no lo está se encuentra en muy notoria desventaja. Continuamos hablando durante unos minutos, forzados, violentos. Entonces Sophie retiró su silla de la mesa. —Si no vuelvo con él, mi amigo se va a poner hecho una furia. Tiene malas pulgas, but Christ, he's a good screw. —Se puso de pie—. Hasta la vista, chicos. Volved por aquí. Yo vengo todas las noches. Se abrió camino a empujones y desapareció entre los que bailaban. El helado desprecio retratado en la cara de Isabel casi me hizo reír. Todos callamos. —Esto es asqueroso —dijo Isabel de pronto—. Vámonos. Pagué lo que habíamos bebido y el champaña de Sophie, y salimos todos juntos. Casi todos los presentes estaban bailando y nuestra marcha no provocó comentarios. Eran más de las dos, y buena hora, en mi sentir, de irnos a acostar; pero Gray dijo que tenía hambre, lo que me hizo proponer que fuéramos al «Graf», en Montmartre, para comer algo. Según subíamos hacia allá en el coche, fuimos en silencio. Yo iba sentado junto a Gray para indicarle el camino. Llegamos al ostentoso

establecimiento, entramos y pedimos huevos con tocino y cerveza. Isabel, al menos en apariencia, había recobrado la serenidad. Me felicitó, quizá con un dejo de ironía, acerca de mi conocimiento de los lugares más infames de París. —Tú lo quisiste —le dije. —Y me he divertido en grande. He pasado una noche magnífica. —Vamos, Isabel —dijo Gray—. Ha sido repugnante. Y encima, Sophie. Isabel se encogió de hombros con visible indiferencia. —¿No te acuerdas de ella en absoluto? —me preguntó—. Estuvo sentada a tu lado la primera vez que cenaste con nosotros. Entonces no tenía ese terrible pelo colorado. Su color natural es rubio sucio. Traté de recordar. Me presentó la memoria la imagen de una muchacha muy joven, de ojos azules, tirando a verdes, y de gallarda cabeza. No era bonita, pero sí de grata lozanía, e ingenua, con una mezcla de timidez y descaro que encontré divertida. —Claro que me acuerdo. Me gustó su nombre. Una tía mía se llamaba Sophie. —Se casó con un chico amigo de casa: Bob Macdonald. —Buen muchacho —dijo Gray. —Uno de los más guapos que he conocido. Nunca comprendí lo que pudo ver en Sophie. Se casaron casi al mismo tiempo que nosotros. Los padres de Sophie se divorciaron, y su madre se volvió a casar con uno de la «Standard Oil» destinado en China. Ella vivía con la familia de su padre, en Marvin, y la veíamos mucho; pero cuando se casó, se apartó de nuestra pandilla no sé por qué. Bob Macdonald era abogado, pero no ganaba mucho, y vivían en un pisito de North Side. Pero no fue por eso. No querían tratarse con nadie. Jamás he conocido a una pareja más enamorada. Cuando llevaban dos o tres años casados, y tenían un niño y todo, iban al cine y él se sentaba rodeándole la cintura a Sophie con un brazo, y ella con la cabeza apoyada en el hombro de él. Eran la diversión de Chicago. Larry escuchaba a Isabel sin hacer ningún comentario, y con expresión inescrutable. —¿Y qué pasó? —pregunté. —Una noche volvían ellos y el niño, hacia Chicago en un cochecito abierto que tenían. Le tenían que llevar a todas partes, por no tener criados. Sophie hacía todo el trabajo de la casa. Además estaban chiflados con el niño. Unos borrachos en un coche cerrado y muy grande, se estrellaron contra ellos de frente, a 130 kilómetros por hora. Bob y el niño murieron instantáneamente, pero Sophie escapó conmocionada y con un par de costillas rotas. Le ocultaron todo el tiempo posible que Bob y el niño se habían matado, pero llegó un momento en que se lo tuvieron que decir. Parece que fue horrible. Casi perdió la razón. Estuvo dando aullidos no sé cuánto tiempo. La tenían que vigilar noche y día, y una vez casi consiguió tirarse por la ventana. Naturalmente, todos hicimos lo que pudimos, pero parecía como si nos odiara. Cuando salió del hospital la metieron en un sanatorio, y estuvo allí bastantes meses. —¡Pobrecilla! —Cuando la dejaron salir empezó a beber, y cuando estaba borracha se iba a la cama con el primero que se lo decía. Fue un calvario para la familia de su marido, que era gente buena y tranquila y odiaban el escándalo. Al principio todos procuramos ayudarla, pero no se podía hacer nada. La convidabas a cenar y se presentaba con una borrachera, y generalmente se caía al suelo sin sentido antes de acabar la noche. Luego empezó a tratar a gente indeseable y tuvimos que dejar de verla. Una vez la detuvieron por conducir embriagada. Iba con un italiano al que acababa de conocer en un bar clandestino, y resultó que la policía andaba detrás de él. —Pero ¿tenía dinero? —pregunté. —El seguro de Bob. Los dueños del automóvil causa del accidente estaban asegurados, y algo les sacó. Pero no le duró mucho tiempo. Se lo gastó como un marinero borrachín, y al cabo de dos años no tenía un centavo. Su abuela no quiso tenerla en Marvin. Entonces su familia política le dijo que si se iba a vivir al extranjero le pasarían una renta mensual. Y supongo que de ella vive. —La rueda ha dado la vuelta completa —comenté—. Hubo un tiempo en que cuando en una familia surgía un calavera o algo así, si era de mi país, le mandaban a América. Ahora parece que le mandan desde América a Europa. —Yo no puedo dejar de sentir lástima de ella —dijo Gray. —¿No? —dijo Isabel tranquilamente—. Yo sí. Claro que cuando empezó la cosa fue para mí un golpe, y nadie puede tenerle más lástima de la que yo sentí por ella. Nos habíamos conocido toda la vida. Pero una persona normal se sobrepone a esas cosas. Si ella no ha podido y se ha entregado, es señal de que siempre tuvo malas intenciones ocultas. Era una desequilibrada; hasta su amor por Bob era exagerado. Si hubiera tenido carácter habría podido hacer algo con su vida. —¿No crees que eres muy dura, Isabel? —murmuré. —Nada de dura; lo que pasa es que tengo sentido común y no veo ningún motivo para ponerse sentimental hablando de Sophie. Dios sabe que no es posible querer a nadie más de lo que yo quiero a Gray y a las niñas, y si se mataran en un accidente de automóvil creo que perdería la cabeza, pero antes o después recobraría el dominio de mis nervios. ¿No es eso lo que te gustaría que hiciera, Gray, o preferirías que me cogiese una borrachera todas las noches y tuviese que ver con todos los apaches de París? Gray hizo entonces el comentario más cercano al humorismo que nunca le oí: —Claro es que yo preferiría que te arrojaras a mi pira funeraria con un traje nuevo de «Molyneux», pero como eso ya ha pasado de moda, supongo que lo mejor que podías hacer sería dedicarte al bridge. Y me gustaría también que no olvidaras jamás que no se debe abrir con un triunfo sin tener, por lo menos, de tres y media a cuatro bazas seguras. No era propicia la coyuntura para decirle yo a Isabel que el amor que profesaba a su marido y a sus hijas, aunque verdadero, poco tenía de apasionado. Quizás intuyera el pensamiento que me cruzaba por la cabeza, pues volviéndose hacia mí me interrogó casi con truculencia. —¿Qué ibas a decir? —Me pasa lo que a Gray. Me da

lástima la chica. —No es una chica; tiene treinta años. —Supongo que cuando se mataron su marido y su hijo, para ella fue como si el mundo se hubiera acabado. Supongo que dejó de importarle lo que pudiera ocurrirle y que se arrojó a esa vida de beber y de viles amores para vengarse de la fatalidad, que tan cruelmente la trató. Había estado viviendo en el paraíso y cuando lo perdió no pudo soportar la vulgar tierra de la humanidad y se arrojó de cabeza al infierno. Digo yo que, privada del néctar de los dioses, decidió que igual le daría beber ginebra adulterada. —Esas son las cosas que decís en las novelas. Pero no son más que bobadas, y tú lo sabes. Sophie se revuelve en el muladar porque le gusta. Hay otras mujeres que han perdido a sus maridos y a sus hijos. No fue eso lo que la empujó al vicio. El vicio no nace nunca de la bondad. El vicio estuvo siempre latente en ella. Cuando aquel accidente de automóvil rompió el dique, quedó ella libre para conducirse naturalmente. No necesitas desperdiciar tu piedad con ella: es ahora lo que siempre fue en el fondo. Larry había permanecido silencioso todo el tiempo. Parecía estar sumido en sus propios pensamientos y creí que ni siquiera había escuchado nuestras palabras. Cuando acabó de hablar Isabel, sobrevino un corto silencio. Y entonces comenzó él a hablar, pero en un tono extraño, desprovisto de matices, como si en lugar de dirigirse a nosotros estuviera pensando en voz alta; sus ojos parecían mirar a un tiempo pasado a través de las nubes de los años. —La recuerdo cuando tenía catorce años, con el pelo peinado hacia atrás, que dejaba al descubierto la frente, y recogido con un gran lazo negro a la espalda, y aquella cara seria y pecosa. Era una niña modesta, de elevados pensamientos e idealista. Leía todo lo que caía en sus manos, y solíamos hablar de libros. —¿Cuándo? —preguntó Isabel, frunciendo ligeramente el entrecejo. —Mientras tú te dedicabas con tu madre a ir de visitas. Yo solía acudir a casa de su abuelo y nos sentábamos debajo de un gran olmo que allí había y leíamos en voz alta. Le gustaban los versos, y escribía no pocos. —Muchas chicas lo hacen a esa edad. Y suelen ser muy malos. —Es verdad que hace de eso mucho tiempo, y puede ser que no fuera yo buen juez. —Como que no podías tener diecisiete años. —Sus versos eran, naturalmente, imitados. Tenían mucho de la poesía de Robert Frost. Pero conservo la impresión de que eran muy notables para una niña de su edad. Tenía excelente oído y el sentido del ritmo. Observaba muy agudamente los ruidos del campo, la dulzura del aire al comenzar la primavera y el aroma que de la tierra reseca hace brotar la lluvia. —No sabía que escribiera versos —dijo Isabel. —Lo callaba. Tenía miedo de que os rierais de ella. Era muy tímida. —Ahora, no. —Cuando volví de la guerra estaba hecha casi una mujer. Había leído extensamente acerca de las condiciones de vida de las clases obreras y las había observado en cierta medida con los propios ojos cuando estaba en Chicago. Conocía ya a Carl Sandburg y escribía apasionadamente en verso libre acerca de la miseria de los pobres y de la explotación de las clases trabajadoras. Quizá todo ello fuera mediocre, pero no me cabe duda de que era sincero e inspirado por una gran piedad y sueños de mejora. Por aquel entonces tenía el proyecto de dedicarse a obras sociales. Su ansia de sacrificarse era enternecedora. Y creo que era muy capaz. No era tonta ni sentimental, sino que daba la impresión de una amabilísima pureza y de una extraña exaltación espiritual. Aquel año nos tratamos mucho. Percibí que Isabel le escuchaba con creciente exasperación. Larry no tenía idea de que estaba hiriéndole el corazón con una daga, y que cada una de sus tranquilas palabras era como remover el arma dentro de la herida. Pero cuando habló lo hizo con una sonrisa en los labios. —¿Cómo te eligió para sus confidencias? Larry la miró con sus sinceros ojos. —No lo sé. Ella era pobre entre todos vosotros, que teníais dinero sobrado, y yo no era de allí. Si estaba entre vosotros era únicamente por que tío Bob ejercía en Marvin. Supongo que eso la hizo pensar que teníamos alguna afinidad. Larry no tenía parientes. La mayor parte de nosotros tenemos, al menos, primos, a quienes quizá ni conocemos, pero que nos dan la sensación de pertenecer a la familia humana. El padre de Larry fue hijo único, y su madre única hija. Uno de sus abuelos, el cuáquero, murió aún joven en un naufragio, y el otro no tuvo ni hermanos ni hermanas. No era posible estar más solo en el mundo que Larry. —¿No se te ocurrió pensar que Sophie estaba enamorada de ti? —le preguntó Isabel. —Nunca —respondió con una sonrisa. —Pues lo estaba. —Cuando volvió de la guerra —dijo Gray con su habitual espontaneidad—, la mitad de las muchachas de Chicago suspiraban por Larry. —Sophie hacía algo más que suspirar. Te adoraba, mi pobre Larry. ¿De verdad no te diste cuenta? —De verdad, y no lo creo. —Supongo que te parecería que sus pensamientos eran demasiado elevados. —Aún me parece estar viendo a aquella niña flaca, con su lazo en el pelo y una cara muy seria, cuya voz temblaba de emoción al leer aquella oda de Keats, porque era tan hermosa. ¿Qué habrá sido de ella? Isabel hizo un ligero pero brusco movimiento y miró a Larry con mezcla de suspicacia e interés. —Es tardísimo, y estoy rendida. Vámonos. 3. A la noche siguiente tomé el «Tren Azul» hacia la Costa, y pasados dos o tres días fui a Antibes para ver a Elliott y darle noticias de París. No me gustó nada su aspecto. La cura de aguas en Montecatini no le había sentado todo lo bien que esperaba, y los subsecuentes viajes le habían agotado. Encontró en Venecia una pila bautismal y fue luego a Florencia para comprar el tríptico acerca del cual había estado negociando. Deseoso de ver instaladas ambas cosas, alargó su viaje y se alojó en una miserable posada, en la que el calor se hacía muy duro de sobrellevar. Sus preciosas compras tardaron mucho en llegar, pero,

determinado a no irse hasta después de ejecutado su propósito, permaneció en la posada. Grande fue su delicia cuando todo quedó terminado al observar el efecto, y me mostró con orgullo las fotografías que había hecho. La iglesia, aunque pequeña, tenía dignidad, y la ponderada riqueza de su interior era prueba del buen gusto de Elliott. — Vi en Roma un sarcófago cristiano primitivo con el que me encapriché, y estuve pensando mucho tiempo en comprarlo; pero acabé por abandonar la idea. — ¿Y qué diablos pensabas hacer con un sarcófago de los primeros tiempos del cristianismo, me quieres decir? — Meterme dentro, mi querido Maugham. Era de muy agradable diseño y me pareció que haría buen efecto enfrente de la pila bautismal, al otro lado de la entrada. Pero aquellos primeros cristianos eran gente desmedrada y no hubiera yo cabido dentro. Como comprenderás, no iba a estarme allí dentro hasta que resuenen las trompetas convocándonos al Juicio Final, con las piernas dobladas y las rodillas pegadas al mentón como un feto. Hubiera sido extremadamente incómodo. Me eché a reír, pero Elliott hablaba completamente en serio. — Tuve una idea mejor. Ya lo tengo todo arreglado, aunque me ha costado bastante trabajo, lo cual era de esperar, para que me entierren delante del altar, al pie de las gradas del presbiterio, y así, cuando los labriegos de la región vayan a comulgar harán resonar sus botas claveteadas encima de mis huesos. ¿No te parece una idea agradable? Una sencilla lápida de piedra, con mi nombre, dos fechas y unas palabras: Si monumentum quaeris, circumspice: Si buscas su monumento, mira alrededor. ¿Comprendes? — Hombre, sé el suficiente latín para entender una cita manida — le dije, algo molesto. — Perdóname. Estoy tan acostumbrado a la terrible ignorancia de las clases altas, que olvidé durante un momento que eres escritor. Hizo una mueca. — Pero a lo que iba — continuó—. He dejado en mi testamento instrucciones concretas, pero quiero que te encargues de que se cumplan. Me niego rotundamente a que me entierren en la Costa Azul, entre innumerables coroneles retirados y franceses de la clase media. — Naturalmente, cuenta conmigo para lo que quieras, Elliott; pero me parece que no es necesario hacer esa clase de proyectos hasta dentro de muchos años. — Ya voy siendo viejo, y si quieres que te diga la verdad, no me importará descansar. ¿Cómo son esos versos de Landor? «La vida con su ardor bastó a mi frío...». Aunque tengo mala memoria para esas cosas, el poema es muy corto y pude repetirlo: Con nadie yo luché; no fue preciso; Natura fue mi amor, el Arte luego, La vida con su ardor bastó a mi frío; Sus llamas ya decaen, heme pues presto. — Eso es — dijo. No pude evitar la reflexión de que únicamente mediante un violento esfuerzo imaginativo podría Elliott aplicarse el rimado epigrama. — Expresa mis sentimientos exactamente — dijo—. Lo único que pudiera añadir es que siempre me he tratado con la gente más distinguida de Europa. — Eso sería difícil expresarlo en cuatro versos. — Ya no hay sociedad. Hubo un tiempo en que me animó la esperanza de que los Estados Unidos remplazaran a Europa, creando una aristocracia respetada por el populacho, pero la catástrofe económica la ha hecho imposible. Mi pobre país va a la deriva hacia el irremediable predominio de la clase media. Puede que no lo creas, pero la última vez que estuve en América el mecánico de un taxi me llamó «hermano». Pero aunque la Costa Azul, aún afectada por la crisis del año 1929, no era lo que había sido. Elliott continuaba dando fiestas y asistiendo a ellas. Nunca se había tratado con judíos, excepto con los Rothschild, pero entonces las fiestas más fastuosas las ofrecían miembros de la raza elegida, y cuando había una fiesta Elliott no podía soportar la idea de perderla. Deambulaba por los salones durante ella, estrechando graciosamente una mano, besando otra, pero con una especie de melancólica superioridad, como si fuera un rey desterrado que se encontrara algo embarazado al hallarse en semejante compañía. Por contraste, los monarcas desterrados lo pasaban divinamente en esas fiestas, y pudiera creerse que el límite de su ambición era conocer a determinadas estrellas del cine. Tampoco había aceptado Elliott nunca con gusto la moderna costumbre de considerar a la gente de teatro como personas admisibles en sociedad; más como quiera que cierta actriz retirada se hubiese construido una suntuosa residencia vecina a la de Elliott, lugar de continuos festejos y muy frecuentada por miembros del Gobierno, duques y egregias damas que pasaban largas temporadas convidadas por la actriz. Elliott se convirtió en su asiduo visitante. — Es una sociedad muy mezclada, naturalmente — me dijo una vez —, pero no necesita uno hablar con quien no apetece. Ella es compatriota mía, y creo que debe de ser un alivio para sus convidados encontrar a alguien que sabe hablar su mismo idioma. Algunas veces era su aspecto tan enfermizo que yo le preguntaba por qué no hacía una vida más sosegada. — ¡Ah! Cuando se tiene mis años no se puede. Supongo que comprenderás que no he frecuentado la mejor sociedad del mundo durante cincuenta años para no saber que si no le ven a uno en todas partes pronto le olvidan. No sé si comprendía la lamentable confusión implícita en estas palabras. Ya no me sentía yo capaz de reírme de él, pues me inspiraba una profunda piedad. No vivía más que para la vida de sociedad, una fiesta era su ambición, no ser convidado a cualquiera lo consideraba una afrenta, y estar solo le mortificaba. Y, ya anciano, tenía miedo, un miedo atormentador. Transcurrió el verano. Elliott lo pasó yendo de un extremo al otro de la costa, comiendo en Cannes, cenando en Montecarlo, y haciendo milagros para poder asistir a un té aquí y a un cóctel allá y por muy cansado que estuviera, se esforzaba siempre en mostrarse afable, buen conversador e ingenioso. Conocía gran cantidad de chismorreos, y se enteraba invariablemente antes que nadie de

todos los detalles del más reciente escándalo, con excepción de las personas a que atañía directamente. Si alguien le hubiera dicho que su vida era fútil, le hubiera contemplado atónito. Y habría juzgado a dicho observador de lamentable plebeyez. 4. Llegó el otoño, y Elliott decidió trasladarse a París, en parte para ver qué tal les iba a Isabel, a Gray y a las niñas, y en parte para hacer lo que él llamaba acto de presencia en la capital. Tenía el propósito de ir a Londres para hacerse alguna ropa y, de paso, ver a algunos antiguos amigos. Mi plan era ir directamente a Londres, pero me pidió que hiciera el viaje por carretera en su compañía, y como esto es cosa de mi agrado, consentí. Hecho lo cual no vi razón alguna para no quedarme yo también una semana en París. Hicimos el viaje en etapas cortas, deteniéndonos en aquellos lugares en donde la comida era buena. Elliott padecía de los riñones y no bebía más que agua de Vichy, pero siempre insistió en ser él quien eligiera mi media botella de vino. Su bondad no le permitía enviarme el placer que a él le estaba prohibido y tenía muy verdadero gusto en verme disfrutar con un vino de buena cosecha. Tanta era su generosidad, que hallé difícil persuadirle a que me dejara pagar mi parte en los gastos. Y aunque me resultaron algo tediosas sus historias acerca de los exaltados personajes que había conocido, fue el viaje sumamente placentero. Gran parte de la campiña que recorrimos en el coche, afectada amablemente por la proximidad del otoño, presentaba un aspecto bellísimo. Comimos en Fontainebleau y llegamos a París por la tarde. Elliott me dejó en mi modesto y anticuado hotel y se dirigió al «Ritz», doblando la esquina. Habíamos avisado a Isabel nuestra llegada, por lo que no me sorprendió encontrarme una nota suya en el hotel, pero sí me sorprendió su contenido. Ven en cuanto llegues. Ha ocurrido algo terrible. No traigas a tío Elliott. Por lo que más quieras, ven lo antes que te sea posible. Soy tan curioso como cualquiera, pero tuve que lavarme y ponerme una camisa limpia. Así que lo hice tomé un taxi y fui a la rue St. Guillaume. Me condujo el criado al salón. Isabel se puso en pie de un salto. — ¿Dónde has estado metido? Llevo horas esperándote. Eran las cinco, y antes de que pudiera responder entró el mayordomo con el té. Isabel, apretados los puños, le miró con impaciencia. No comprendía yo qué había ocurrido. — Acabamos de llegar. Nos paramos para comer en Fontainebleau. — ¿No acabará nunca ese hombre? — dijo Isabel. El criado dejó la bandeja con la tetera, el azucarero y las tazas en la mesa, y con calma realmente exasperante empezó a ordenar platos con dulces, bizcochos y pan con mantequilla. Salió y cerró la puerta. — Larry se va a casar con Sophie Macdonald. — ¿Y quién es Sophie Macdonald? — No seas estúpido — dijo Isabel, con los ojos brillando de ira—. La mujerzuela borracha que vimos en aquel repugnante café a que nos llevaste. Y la verdad, no comprendo cómo se te ocurrió llevarnos allí. Gray salió asqueado. — ¡Ah!, quieres decir tu amiga de Chicago — dije, sin hacer caso del injusto reproche—. ¿Cómo lo sabes? — ¿Cómo quieres que lo sepa? Él mismo vino ayer tarde y me lo dijo. Estoy frenética desde entonces. — Vamos a suponer que te sientas y que me das una taza de té y me lo cuentas todo. — Sírvetela tú. Se sentó detrás de la mesa del té, contemplándome irritadamente mientras yo me servía una taza de té. Yo me acomodé agradablemente en un pequeño sofá junto a la chimenea. — No le hemos visto mucho últimamente. Quiero decir desde que volvimos a Dinard. Fue allí a pasar unos días, pero no quiso quedarse en casa. Se fue a un hotel. Solía bajar a la playa y jugaba con las niñas, que están locas con él. Fuimos varias veces a jugar al golf a St. Briac. Un día, Gray le preguntó si había vuelto a ver a Sophie. — Sí; le he visto varias veces — dijo. — ¿Por qué? — le pregunté yo. — Es una antigua amiga. — Yo en tu lugar no perdería el tiempo con ella — le dije. — Se sonrió. Ya sabes esa manera que tiene de sonreír, como si le pareciera gracioso lo que le dice una, aunque no tenga ninguna gracia. — Pero no estás en mi lugar — me dijo. — Yo me encogí de hombros y cambié de conversación. Y no volví a pensar en el asunto. Imagínate mi horror cuando vino el otro día y me dijo que se van a casar. — Pero no puedes hacerlo, Larry; es imposible — le dije. — Lo voy a hacer — dijo tan tranquilamente como si estuviera diciendo que se iba a servir más patatas—. Y quiero que estés simpática con ella, Isabel. — Eso es pedirme demasiado — le respondí—. Estás loco, Larry. Es mala; mala. — ¿Por qué dices eso? — interrumpí entonces yo a Isabel. — Está borracha desde por la mañana hasta por la noche. Y se va con el primer chulo que se lo pide. — Eso no quiere decir que sea mala. Son muchos los respetables ciudadanos que se emborrachan a quienes les gusta la gente un poco brusca. Ambas cosas son costumbres deplorables, como el morderse las uñas, pero no mucho peor. Yo llamo malo a quien miente y engaña y es cruel. — Si te pones de parte suya, te mato. — ¿Cómo se encontró Larry con ella otra vez? — Buscó su dirección en la lista de teléfonos y fue a verla. Estaba enferma, lo cual no es de extrañar con la vida que lleva. Larry llamó a un médico y buscó a alguien para que la cuidara. Así empezó la cosa. Ahora dice que ha dejado de beber, y el muy estúpido se cree que está curada. — ¿Te has olvidado de lo que Larry hizo con Gray? ¿No lo curó a él? — Es muy distinto. Gray quería que le curaran. Ella, no. — ¿Cómo lo sabes? — Porque conozco a las mujeres. Cuando una mujer llega a tales extremos, se acabó; no tiene remedio. Si Sophie es lo que es, la razón es que siempre lo fue. ¿Crees tú que se quedará con Larry? ¡Claro que no! Antes o después se irá. Lo lleva en la sangre. Lo que le gusta es un hombre bestial: eso es lo que la excita. E irá a buscarlo. Le hará la vida imposible a Larry. — Me parece muy probable, pero no sé qué puedes hacer tú para evitarlo. Él sabe

perfectamente lo que hace. —Yo no puedo hacer nada; pero tú sí. —¿Yo? —Le eres simpático a Larry y te hace caso. Eres la única persona que tiene alguna influencia sobre él. Conoces el mundo. Ve y dile que no puede cometer semejante locura. Dile que será su desgracia. —Me dirá que no es asunto mío, y tendrá mucha razón. —Pero también te es simpático; por lo menos, te interesa. ¿Vas a dejar que eche a perder su vida sin mover un dedo? —Gray es su mejor y más antiguo amigo. No creo que consiga nada, pero yo diría que Gray es, quizá, la persona más indicada para hablarle del asunto. —¡Gray! ¡Bah! —dijo con impaciencia. —A lo mejor no resulta la cosa tan mal como tú te piensas. He conocido a tres hombres, uno en España y dos en Oriente, que se casaron con mujeres de mala vida, y las tres han resultado muy buenas esposas. Les están agradecidas a sus maridos por la seguridad que les han dado, y, naturalmente, saben cómo agradar a los hombres. —Acabas con mi paciencia. ¿Tú crees que yo me sacrificué para dejar que Larry caiga en las garras de una ninfomaniaca? —¿Tú te sacrificaste? ¿Cómo? —Al renunciar a Larry por la exclusiva razón de que no quise estorbarle en el camino que se había trazado. —Vamos, vamos, Isabel. Renunciaste a Larry por un magnífico brillante y un abrigo de marta. Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando vi volar hacia mi cabeza un plato de pan con mantequilla. Cogí el plato en el aire por pura suerte, pero las rebanadas de pan quedaron todas desperdigadas en el suelo. Me levanté y dejé el plato en la mesa. —A tu tío Elliott no le hubiera gustado en absoluto que le hubieras roto uno de sus platos de porcelana de Crown Derby. Pertenecieron a una vajilla que se mandó hacer el tercer duque de Dorset, y casi no tienen precio. —Coge el pan del suelo —dijo secamente. —Cógelo tú —repliqué, y volví a sentarme en el sofá. Se levantó casi fuera de sí y cogió los pedazos de pan. —Y te llamas un gentleman inglés —dijo furiosa. —No; en mi vida he dicho tal cosa. —Sal de aquí. No quiero volver a verte. Me das asco. —Lo siento; porque a mí me causa gran placer verte a ti. ¿Te ha dicho alguien alguna vez que tienes la nariz exactamente igual a la de la estatua de Psiquis que hay en el Museo de Nápoles, la más bella representación de la belleza virginal que jamás ha existido? Tienes las piernas admirables, largas y bien formadas, y nunca dejan de sorprenderme, porque cuando eras muchacha las tenías rollizas y sin forma. No comprendo cómo te las has arreglado. —Con una voluntad de hierro y la gracia de Dios —respondió airadamente. —Pero lo mejor que tienes son las manos, tan finas y elegantes. —Creí que te parecían grandes. —Para tu altura y tamaño, no. Siempre me ha maravillado la gracia infinita con que las mueves. Ya sea de manera natural, o gracias al arte, nunca haces un ademán sin adornarlo de belleza. Algunas veces son como flores; otras como pájaros en vuelo. Son más expresivas que cuantas palabras puedas decir. Son como las manos de los retratos pintados por El Greco. Tanto es así, que cuando las miro me siento inclinado a creer en la profundamente improbable historia de tu tío Elliott, según la cual uno de tus antepasados fue un grande de España. —¿Qué estás diciendo? Es la primera vez que lo oigo. Le conté lo referente al conde de Lauria y a la dama de honor de la reina María, de quienes Elliott se creía descendiente por línea materna. Isabel me escuchó contemplándose los largos dedos y sus barnizadas uñas, con gran interés y complacencia. —De alguien tiene uno que descender —dijo. Y luego, con una risa casi imperceptible, y lanzándome una mirada traviesa, en la que ya no se advertía rastro alguno de rencor, añadió: —Eres un asqueroso. Así de fácil es hacer entrar en razón a una mujer, diciéndole la verdad. —Hay momentos en que no te odio de manera positiva —dijo Isabel. Se levantó y tomó asiento en el sofá, junto a mí, y enlazando su brazo con el mío se inclinó para besarme. Retiré la cara. —Me niego a que me embadurnes la cara de carmín. Si quieres besarme, bésame en los labios, que para eso son. Se echó a reír, y volviéndome la cabeza hacia ella con una mano, dejó sobre mis labios una finísima película de pintura. La sensación no tuvo nada de agradable. —Ahora que has hecho eso, quizá quieras decirme lo que deseas. —Consejo. —Eso estoy dispuesto a dártelo, aunque supongo que no lo seguirás. Lo único que puedes hacer es aceptar lo inevitable, que no es grato, y mejorarlo en la medida de lo posible. Renació su ira, se separó violentamente de mí, y levantándose bruscamente se dejó caer en el sillón que había al otro lado de la chimenea. —No voy a estarme quieta mientras Larry se destroza la vida. No me detendré ante nada con tal de impedir que se case con esa... mujerzuela. —Fracasarás. Debes comprender que está dominado por una de las emociones más fuertes que pueden apoderarse del corazón humano. —¿Quieres decir que está enamorado de ella? —No; eso, por comparación, tendría poca importancia. —¿Entonces? —El propio sacrificio es una pasión tan arrebatadora, que junto a ella hasta el hambre y la lujuria pierden importancia. Arrastra a su víctima a la destrucción mediante la más alta afirmación de la personalidad. El objeto del sacrificio puede carecer en absoluto de valor. Eso no importa. No hay vino tan embriagador, amor más demente, ni vicio que de tal manera domine. Cuando el hombre se sacrifica a sí mismo supera durante unos momentos al mismo Dios; pues, ¿cómo puede un Dios, infinito y omnipotente, sacrificarse? Lo más que puede hacer es sacrificar a su único Hijo. —Me aburres; cállate. No le hice caso. —¿Cómo puedes suponer que ni el sentido común ni la prudencia puedan tener el más mínimo efecto sobre Larry cuando se encuentra bajo el influjo de tan tremenda pasión? No sabes lo que ha estado buscando durante todos estos años. Tampoco yo lo sé; únicamente lo sospecho. Todos estos años de trabajar, todas

las experiencias que ha recogido, no pesan nada en la balanza contra su deseo...; pero es más que deseo, es una necesidad imperiosa, que quiere ser satisfecha, de salvar el alma de una mujer perdida a quien conoció cuando era una niña inocente. Yo creo que es imposible; con su aguda sensibilidad va a sufrir las torturas del infierno; y la obra de su vida, sea lo que sea, quedará por hacer. El innoble Paris dio muerte a Aquiles disparando una flecha contra su talón. Larry carece de ese atisbo de dureza que hasta el santo ha de menester para ganar su corona. —Le quiero —dijo Isabel—. Dios sabe que nada pido de Larry. Nada espero. Nadie puede amar más desinteresadamente. Y va a ser muy desgraciado. Comenzó a llorar, por suponer que ello pudiera aliviarla. La dejé. Pasado un rato. Isabel sacó su pañuelo y un espejo, y se enjugó cuidadosamente las lágrimas. —Te pintas solo para consolar, ¿verdad? —me dijo. La miré pensativamente, pero no respondí. Se dio polvos y se pintó la boca. —Acabas de decir que sospechas lo que ha andado buscando durante todos estos años. ¿Qué has querido decir? —Únicamente puedo adivinarlo, y bien fácil será que me equivoque. Pero creo que ha estado buscando una filosofía, acaso una religión, y una regla de vida que satisfaga su inteligencia y también su corazón. Pensó Isabel unos instantes acerca de esto. Luego suspiró. —¿No te parece raro que un muchacho nacido en el campo, un muchacho de Marvin, en el Estado de Illinois, tenga una idea así? —No me parece más extraño que el hecho de que Luther Burbank, nacido en una granja de Massachusetts, descubriera la manera de cultivar una naranja sin pepitas, o que Henry Ford, venido al mundo en una alquería de Michigan, inventase el Fotingo. —Pero ésas son cosas prácticas las dos. Y de acuerdo con la tradición americana. Me eché a reír. —¿Puede haber nada más práctico que aprender a vivir de la mejor manera posible? Isabel hizo un gesto de tedio. —¿Qué me aconsejas que haga? —No quieres perder a Larry por completo, ¿no es así? Dijo que no con la cabeza. —Conoces su gran lealtad. Si te niegas a tratar a su mujer, él se negará a tener nada que ver contigo. Si tienes una pizca de sentido común, procurarás hacerte amiga de Sophie. Te olvidarás de todo lo pasado y estarás con ella todo lo amable que puedas. Como se va a casar, supongo que querrá comprarse alguna ropa. ¿Por qué no te ofreces a ir de compras con ella? Creo que aceptaría sin dudarla. Isabel me escuchó con los ojos medio cerrados. Parecía oírme con gran atención. Quedó pensativa durante unos segundos, pero no pude adivinar lo que pasaba por su cabeza. Lo que dijo me sorprendió. —¿Quieres convidarla a comer? Para mí sería algo violento, después de lo que le dije ayer a Larry. —¿Te portarás como es debido si lo hago? —Como un ángel —respondió, con una de sus más cautivadoras sonrisas. —Pues lo voy a hacer ahora mismo. Había un teléfono en la habitación. Pronto encontré el número de Sophie, y después de la espera acostumbrada, que quienes usan los teléfonos franceses pronto aprenden a soportar con paciencia, se puso ella al aparato. Le di mi nombre. —Acabo de llegar a París —le dije— y me he enterado de que Larry y tú os vais a casar. Quiero darte la enhorabuena. Espero que seáis muy felices. —Reprimí un grito cuando Isabel, que estaba junto a mí, me dio un terrible pellizco en un brazo—. Voy a estar aquí muy poco tiempo, y me gustaría saber si Larry y tú querríais venir a comer conmigo en el «Ritz» pasado mañana. Voy a invitar también a Gray, a Isabel y a Elliott Templeton. —Se lo preguntaré a Larry. Está aquí. —Hubo una pausa—. Dice que sí, que encantados. Fijé la hora, hice un comentario cortés y colgué el auricular. Algo vi en los ojos de Isabel que me infundió sospechas. —¿Qué estás tramando? —le pregunté—. No me gusta esa mirada. —Lo siento; creí que la mirada era una de las cosas que te gustaban de mí. —¿Estás planeando alguna maldad? Abrió los ojos exageradamente. —Te prometo que no. Si quieres que te diga la verdad, lo que tengo es una curiosidad enorme de ver qué aspecto tiene Sophie, ahora que Larry la ha regenerado. Lo que espero es que no se presente en el «Ritz» pintada como una máscara. 5. La comida no resultó demasiado mal. Gray e Isabel llegaron los primeros, y cinco minutos después, Larry y Sophie. Isabel y Sophie se besaron cariñosamente, y Gray la felicitó. Observé la rápida pero escrutadora mirada con que Isabel examinó el aspecto de Sophie. A mí me causó sorpresa. Cuando la vi en el antro de la rue de Lappe, grotescamente pintarrajeada, con el pelo teñido, aunque su aspecto era abominable y estaba borracha, encontré en ella algo provocativo y hasta una vil atracción; mas ahora la vi apagada, y aunque tenía uno o dos años menos que Isabel, parecía mucho más vieja. Conservaba aún aquella gallarda inclinación de cabeza, pero me pareció más patética que otra cosa, sin que pueda decir por qué. Estaba dejando que su pelo recobrara el natural colorido, y tenía el descuidado aspecto del pelo teñido cuyo tratamiento se suprime. A excepción de una mancha roja de carmín en los labios, estaba completamente sin pintar. La tez presentaba áspero aspecto y enfermiza palidez. Recordé el verdísimo color de sus ojos, a la sazón apagados y grises. Llevaba un vestido rojo, evidentemente nuevo, con el que hacían juego el sombrero, el bolso y los zapatos. No tengo la pretensión de entender de vestimenta femenina, pero aquella me dio la impresión de ser recargada y poco adecuada a la ocasión. Lucía en el pecho un broche falso y llamativo, como los que pueden comprarse en la rue de Rivoli. Junto a Isabel, vestida de seda negra, con un collar de perlas legítimas alrededor del cuello, y un sombrero elegantísimo, presentaba un aspecto vulgar y cursi. Pedí unos cócteles, pero Sophie y Larry los rechazaron. Llegó Elliott. Su marcha a través del vestíbulo fue interrumpida por las muchas manos que tuvo que estrechar y por las no pocas que le fue preciso besar, según se iba

encontrando con personas conocidas. Por su actitud, hubiera podido ser el «Ritz» su casa particular. Parecía estar expresando a sus invitados el placer que le causaba que hubieran podido aceptar su invitación. No sabía nada de Sophie, excepto que había perdido a su marido y a su hijo en un accidente de automóvil, y que ahora iba a casarse con Larry. Cuando por fin llegó junto a nosotros dio a ambos la enhorabuena con aquella florida gracia en que era maestro. Pasamos al comedor, y como éramos cuatro hombres y dos mujeres, coloqué a Isabel y a Sophie la una enfrente de la otra en la mesa redonda que estaba preparada, sentándonos Gray y yo a ambos lados de Sophie; pero la mesa era lo suficientemente pequeña y la conversación se hizo general. Yo había encargado anticipadamente la comida, pero se nos acercó el camarero de los vinos con la lista de éstos. —Trae, déjame a mí, que tú nunca has entendido nada de vinos —me dijo Elliott—. Albert, déme la carta. —Comenzó a volver las hojas—. Yo no bebo más que agua de Vichy, pero no puedo soportar que la gente beba vino que no sea adecuado. Albert, el camarero de los vinos y él eran antiguos amigos, y después de una animada discusión llegaron a un acuerdo acerca del vino que yo debía dar a mis invitados. Entonces se volvió hacia Sophie: —Y, ¿dónde pensáis pasar la luna de miel? Echó una ojeada al vestido de Sophie, y vi, por un casi imperceptible movimiento de las cejas, que había formado una opinión desfavorable acerca de él. —Vamos a ir a Grecia. —Llevo diez años tratando de ir allí, sin lograrlo —dijo Larry. —Estará delicioso en esta época del año —dijo Isabel casi con entusiasmo. Se acordaba ella, como me acordaba yo, de que a Grecia quiso llevarla Larry cuando le pidió que se casara con él. Por lo visto, era una “ídee fixe” en él la de pasar la luna de miel en Grecia. La conversación fluía con dificultad y no sé si yo hubiera logrado salir del apuro sin la ayuda de Isabel. Ésta tenía uno de sus mejores días. En el momento en que amenazaba el silencio, y cuando yo ya me torturaba el cerebro para encontrar algo que decir, ella empezaba a hablar sin dificultad alguna. Se lo agradecí. Sophie apenas habló, salvo para contestar, y hasta entonces parecía hacerlo con esfuerzo. Estaba completamente apagada. Dijérase que algo había muerto dentro de ella, y me pregunté si Larry no le estaba exigiendo un esfuerzo superior a su capacidad. Si, como yo sospechaba, tomaba drogas además de beber, la súbita desaparición de ambos estimulantes forzosamente tuvo que dejarla deshecha. Sorprendí algunas de sus miradas y advertí en las de él ternura y confortación, pero en las de ella patéticas peticiones de socorro. No es imposible que la natural bondad de Gray le hiciera percatarse instintivamente de lo que yo observé, pues comenzó a contar a Sophie cómo Larry le había curado de sus dolores de cabeza, añadiendo luego lo mucho que por él hizo y lo muy en deuda que se hallaba respecto a él. —Ahora vendo salud, y en cuanto encuentre ocupación volveré a trabajar. Ya he hecho varias gestiones y tengo la esperanza de pescar algo bastante pronto. ¡Y me va a parecer mentira encontrarme otra vez en América! Fue buena su intención, pero juzgué indiscretas sus palabras, si, como yo suponía, Larry, para curar a Sophie de su aguda dipsomanía, empleó el mismo método de sugestión —pues no era otra cosa, en mi sentir— que tan notorio éxito tuvo en el caso de Gray. —¿Ya no te duele nunca la cabeza? —preguntó Elliott. —Hace tres meses que no. Y si siento la amenaza, agarro mi amuleto y se me pasa. —Sacó del bolsillo la vieja moneda que Larry le regalara—. No la vendería por un millón de dólares. Terminamos de comer y nos sirvieron el café. El escanciador se nos acercó y nos preguntó si deseábamos licores. Todos rehusamos, menos Gray, que pidió coñac. Cuando llevaron la botella, Elliott insistió en examinarla. —Sí; te lo puedo recomendar. No te hará daño. —¿Un vasito, Monsieur? —preguntó el camarero. —¡Ay! Me lo tienen prohibido. Elliott le explicó con algún detalle que no andaba bien de los riñones y que el médico no le permitía beber alcohol. —Una larme de zubrova no haría daño a Monsieur. Es bien sabido que es muy bueno para los riñones. Acabamos de recibirlo de Polonia. —¿De veras? Hoy no es fácil de encontrar. Déjeme que vea la botella. El camarero, hombre voluminoso y de muy digno porte, con una larga y plateada cadena al cuello, se retiró en busca de la botella, y Elliott nos explicó que se trataba de una especie de vodka de Polonia, pero por todos conceptos muy superiores a la rusa. —Solíamos beberla en casa de los Radziwill cuando me convidaban a su casa de cacería. Tenías que haber visto beberla a aquellos príncipes polacos. No exagero al decir que se la bebían a vasos grandes sin parpadear. Era gente de buena raza, naturalmente, aristócratas de los pies a la cabeza. Deberías probarla, Sophie; y tú también, Isabel. Es un placer que nadie debe despreciar. Volvió con la botella el camarero. Larry, Sophie y yo resistimos la tentación, pero Isabel dijo que le gustaría probarlo. Me sorprendió, pues era parca en el beber por lo general y ya había tomado dos cócteles y dos o tres vasos de vino. El camarero escanció un vasito del líquido verde pálido, e Isabel lo olió. —¡Qué delicia! ¡Qué bien huele! —¿Verdad? —exclamó Elliott—. Son las hierbas que le ponen, y ellas son las que le dan ese sabor tan delicado. Voy a tomar yo un vasito para hacerte compañía. Por una vez no me va a hacer daño. —Sabe a gloria —dijo Isabel—. Es lo mejor que he tomado en mi vida. Elliott se llevó el vaso a los labios. —¡Ah, cómo me recuerda tiempos pasados! Quienes no han sido huéspedes de los Radziwill no saben lo que es vivir. ¡Aquello era vivir en grande! Estilo feudal. Hubiera uno podido creerse trasladado a la Edad Media. En la estación nos esperaba un coche con seis caballos y postillones. Y durante la cena, detrás de la silla de cada invitado había un criado de librea. Procedió a describir la magnificencia y el lujo de

la casa y la brillantez de sus fiestas; y entonces me asaltó la sospecha, seguramente indigna, de que todo ello había sido previamente concertado entre el camarero y Elliott, para brindar a éste ocasión de explayarse acerca de la grandeza de aquella familia y del gran número de aristócratas polacos con quienes él se codeaba en el castillo. No había manera de pararle. — ¿Otra copita, Isabel? — No me atrevo. Pero es delicioso. Me alegro horrores de haberlo conocido. Gray: tenemos que comprar un poco. — Yo diré que te lo manden a casa. — ¿De veras, tío? — exclamó Isabel entusiasmada—. ¡Qué bueno eres con nosotros! Tienes que probarlo, Gray; huele a heno recién segado, y a flores primaverales, y a tomillo y a espliego, y es tan suave de gusto y tan agradable, que le hacen pensar a uno en música oída a la luz de la luna. Eran tan poco propias de Isabel estas desmesuradas alabanzas, que pensé si no se le habría subido a la cabeza el licor. Se deshizo la reunión. Estreché la mano a Sophie. — ¿Cuándo os casáis? — le pregunté. — Dentro de una semana. Espero que vendrás a la boda. — Lo siento, pero no estaré en París. Salgo mañana para Londres. Mientras me despedía de mis demás invitados, Isabel se apartó un trecho con Sophie y habló con ella un minuto, luego dijo a Gray: — No voy a casa, Gray. Hay un desfile de modelos en «Molineux» y voy a llevar a Sophie. Parece natural que vea lo que hay. — Sí, sí; vamos — dijo Sophie. Nos separamos. Aquella noche convidé a cenar a Suzane Rouvier, y a la mañana siguiente salí para Inglaterra. 6. Quince días más tarde, Elliott llegó al «Claridge», y poco después fui a verle. Se había encargado varios trajes y estuvo explicándome durante un espacio de tiempo que se me antojó excesivo, y con todo detalle, la ropa que se estaba haciendo y por qué. Cuando logré meter baza le pregunté qué tal había resultado la boda. — No resultó ni bien ni mal. — ¿Qué estás diciendo? Tres días antes de la fecha fijada, Sophie desapareció. Larry la estuvo buscando por todas partes. — ¡Qué cosa más extraordinaria! ¿Tuvieron algún disgusto? — No. Nada de eso. Ya estaba todo arreglado. Yo iba a ser el padrino. Tenían pensado tomar el Expreso de Oriente inmediatamente después de la ceremonia. Si quieres que te diga la verdad, yo creo que Larry está de enhorabuena. Supuse que Isabel se lo había contado todo. — Pero ¿qué pasó? — Te acordarás del día que comimos contigo en el «Ritz». Isabel la llevó a «Molineux». ¿Te acuerdas del vestido que llevaba Sophie? ¡Deplorable! ¿Te fijaste en los hombros? Naturalmente, la pobre no podía pagar los precios de «Molineux», pero ya sabes lo generosa que es Isabel, y como después de todo se han conocido desde niñas, le ofreció regalarle un vestido para que por lo menos tuviera algo decente que ponerse el día de la boda. Y Sophie, claro está, aceptó sin dudarle. Para abreviar: Isabel le dijo que pasara un día por mi casa a las tres para ir juntas a la prueba final. Sophie fue, pero desgraciadamente Isabel tuvo que llevar a una de las niñas al dentista y no volvió a casa hasta las cuatro, y para entonces Sophie ya no estaba. Isabel supuso que se había cansado de esperar y que habría ido sola a «Molineux», y allí fue ella inmediatamente, pero le dijeron que no había ido. Terminó por desistir en encontrarla y se volvió a casa. Todos ellos iban a cenar juntos aquella noche, y Larry llegó a la hora convenida. Lo primero que Isabel hizo fue preguntarle por Sophie. »Larry, extrañado, llamó inmediatamente a casa de ella, pero no contestó nadie, por lo que decidió ir él mismo. Estuvieron esperando todo el tiempo que les fue posible, pero ni Larry ni ella aparecieron, y tuvieron que cenar solos. Claro es que ya sabes la clase de vida que llevaba Sophie cuando os encontrasteis con ella en la rue de Lappe. Tu idea de llevarlos allí fue muy poco feliz. Larry se pasó la noche recorriendo los sitios que ella solía frecuentar antes, pero no la encontró en ninguno. Volvió varias veces al piso de ella durante la noche, pero la portera le dijo que Sophie no había vuelto. Estuvo tres días buscándola por todas partes. Al cuarto, la portera le dijo que había estado allí unos momentos y que se había vuelto a marchar en un taxi llevando una maleta. — ¿Estaba Larry muy disgustado? — No le vi. Isabel dice que bastante. — ¿Y ella no escribió ni nada? — Nada. Pensé sobre lo ocurrido. — ¿Qué crees que pasó? — le dije. — Pues qué voy a creer. Lo que tú. Que Sophie no pudo aguantar y que ha empezado a beber otra vez. Era evidente, y, sin embargo, extraño. No comprendía yo por qué eligió tal coyuntura para escaparse. — ¿Qué dice Isabel? — Pues, naturalmente, lo ha lamentado, pero es una muchacha de sentido común y me dijo que siempre le había parecido que sería un desastre que Larry se casara con una mujer así. — ¿Y Larry? — Isabel se ha portado muy bien con él. Me dijo que lo que hace más difícil consolarle es que él se niega a hablar del asunto. No creo que le pase nada. Isabel asegura que nunca estuvo enamorado de Sophie y que se iba a casar con ella empujado por un impulso caballeroso equivocado. Me imaginé a Isabel sobrellevando valerosamente lo que indudablemente le había causado gran satisfacción. Comprendí que la próxima vez que nos viéramos me diría indefectiblemente que ella siempre supuso lo que iba a pasar. Pero no volví a verla hasta casi un año más tarde, y aunque para esa fecha hubiese yo podido decirle algo acerca de Sophie que la hubiera hecho pensar, las circunstancias eran tales que no sentí inclinación hacia ello. Permanecí en Londres casi hasta Navidad, y entonces, ya deseoso de llegar a mi casa, fui directamente a la Costa Azul sin detenerme en París. Empecé una novela y durante aquellos meses llevé una vida de aislamiento. A Elliott le veía de vez en cuando. Era obvio que su salud iba empeorando, y me daba pena ver que él insistía, sin embargo, en hacer vida de sociedad. Se molestó conmigo porque yo no acepté hacer un recorrido de cuarenta y pico de kilómetros para asistir a las cenas

y comidas que él continuaba dando en abundancia. Le parecía vanidad en mí que yo prefiriera quedarme sentado en mi casa trabajando. —Está siendo una temporada de brillantez poco corriente —me dijo—. Es un crimen que te quedes encerrado en casa y te lo pierdas todo. Y jamás comprenderé, aunque viva cien años, por qué has elegido para vivir una parte de la Costa que ha pasado de moda por completo. ¡Pobre Elliott, bueno y tonto! Bien claro estaba que no llegaría a tal edad. Para junio tuve terminado el borrador de mi novela, por lo que hice la maleta y embarqué en el cúter que utilizábamos para bañarnos durante el verano en la Baie des Fosses, y desplegamos velas, costeando con rumbo a Marsella. Soplaban únicamente una leve brisa de tarde en tarde, y la mayor parte del tiempo fuimos empleando el motor auxiliar. Estuvimos una noche en el puerto de Cannes, otra en Saint Maxime y una tercera en Sanary. Al fin llegamos a Tolón, puerto por el que siempre he sentido afecto. Los barcos de la flota francesa le dan un aire a la vez romántico y cordial, y jamás me canso de vagar por sus antiguas calles. Puedo permanecer sin tedio varias horas en sus muelles, contemplando a los marineros con permiso paseando de dos en dos con las muchachas, y a los paisanos que van sosegadamente de un lado a otro como si no tuvieran otra cosa que hacer sino disfrutar del sol. Estos barcos y los transbordadores que llevan a la bulliciosa multitud a los distintos puntos del vasto puerto, hacen que Tolón cause el efecto de una estación en la que convergen todos los caminos del globo; y cuando se sienta uno en un café le deslumbra lo rutilante del mar y de la atmósfera, mientras que la fantasía emprende áureos viajes a las más remotas partes del globo. Y desembarca en una playa coralina de cocoteros bordeada en el Pacífico; o baja por la pasarela del muelle de Rangín y sube a un jinriki-sha; u observa desde cubierta la bulliciosa y gesticulante muchedumbre de negros mientras el barco atraca al muelle de Port au Prince. Llegamos ya avanzada la mañana, y a media tarde desembarqué y fui andando por el muelle, mirando los escaparates y a las gentes que conmigo se cruzaban, y a las sentadas bajo los toldos de los cafés. De repente vi a Sophie en el mismo momento en que ella me vio a mí. Me saludó y me dedicó una sonrisa. Me detuve y nos dimos la mano. Estaba sola, sentada a una mesa pequeña en la que había un vaso vacío. —Te convidó yo —le contesté sentándome. Llevaba el jersey a rayas blancas y azules característico de los marineros franceses, amplios pantalones de color rojo y sandalias, de las que sobresalían las pintadas uñas de los dedos gordos. Iba destocada, y su pelo, muy corto y rizado, era de tan pálida tonalidad de oro que pudiera tomárselo por plata. Tan excesiva era la cantidad de afeites que le cubrían la cara como cuando la encontramos en la rue de Lappe. A juzgar por los platos que había en la mesa, ya había bebido varias copas, pero estaba serena. No pareció desagradarle el verme. — ¿Cómo están todos por París? —me preguntó. — Creo que bien. No he visto a ninguno desde el día en que comimos juntos en el «Ritz». Echó una bocanada de humo por las narices y empezó a reír. —Al fin, no me casé con Larry. —Ya lo sé. ¿Por qué? —Pues mira, según se acercaba el momento, cada vez me gustaba menos el papelito de mujer arrepentida en contraste con el suyo de redentor. Pero ni pizca. — ¿Por qué cambiaste de opinión en el último momento? Me miró burlescamente. Con aquella audaz inclinación de la cabeza, su pecho poco desarrollado y sus estrechas caderas, parecía un muchacho vicioso; pero he de confesar que era su aspecto mucho más atractivo que vestida con aquel traje colorado, de provinciana elegancia, con el cual la vi la última vez. Tenía cara y cuello muy quemado por el sol, y aunque el atezamiento de su piel hacía aún más llamativo el rojo artificial de sus mejillas y el negro de las cejas, el efecto de todo ello, aunque vulgar, no dejaba de tener cierto aliciente. — ¿Quieres que te lo diga? Afirmé con un gesto. El camarero sirvió la cerveza que para mí había pedido y el coñac con sifón destinado a ella. Encendí un caporal con la colilla del que estaba fumando. —Ya hacía tres semanas que no bebía nada y que no fumaba. Vio mi gesto de extrañeza y se rió. —No quiero decir cigarrillos; opio. Me encontraba deshecha. Algunas veces, cuando estaba sola casi echaba la casa abajo a fuerza de gritar y me parecía imposible continuar así. Cuando estaba con Larry, menos mal; pero a solas, era un tormento. Cuando mencionó el opio la miré detenidamente y vi las pupilas como puntas de alfiler, lo que me indicó que había estado fumándolo. Tenía los ojos de un color verde sorprendente. —Isabel me iba a regalar un traje de boda. ¿Qué habrá sido de él? Era precioso. Quedamos en que yo pasaría a recogerla para ir juntas a «Molineux». Hay que confesar que lo que Isabel no sepa de trajes, no vale la pena saberlo. Cuando llegué, el criado me dijo que Isabel había tenido que llevar a Joan al dentista y que había dejado recado para mí diciendo que volvería en seguida. Pasé al cuarto de estar. Las cosas del café estaban aún en la mesa, y le dije al criado que si me podría dar una taza. El café era lo único que me entonaba. Dijo que me lo serviría, y se llevó la cafetera y las tazas vacías, pero dejó en la bandeja una botella. La miré y vi que era de esa bebida polaca acerca de la cual habíais estado hablando en el «Ritz». —Zubrovka. Elliott dijo que le iba a mandar unas botellas a Isabel. —Todos habíais estado comentando lo deliciosamente que olía, lo que despertó mi curiosidad. Saqué el corcho y lo olí. Teníais razón. Olía a gloria. Encendí un cigarrillo, y pasados unos minutos volvió el criado con el café. Estaba muy bueno. Se habla mucho del café francés; por mí, se lo pueden guardar; a mí que me den café americano. Es lo único que echo de menos aquí. Pero el café de Isabel era bueno; yo me encontraba destrozada, pero después de una taza me sentí mejor. Estuve

mirando la botella. La tentación era terrible, pero me resistí, procuré no pensar en ello, y encendí otro cigarrillo. Supuse que Isabel llegaría en cualquier momento, pero no apareció; me puse nerviosa como un gato; me molesta horrores que me hagan esperar y no había nada que leer en la habitación. Empecé a pasear y a mirar los cuadros, pero seguí viendo la maldita botella. Entonces decidí llenar un vasito y mirarlo. Tenía un color muy bonito. —Verde pálido. —Eso es. Es curioso: tiene el color como el aroma. Es como ese matiz verde que se ve algunas veces en el corazón de una rosa blanca. Tuve que probarlo, para ver si también el sabor era así, pues me dije que probarlo no podía hacerme daño. Pensaba mojarme los labios nada más, pero en aquel momento oí un ruido, creí que era Isabel y me bebí todo el vaso de un trago, porque no quise que me cogiera bebiendo. Pero no era Isabel. ¡Qué bien me sentí! Mejor que nunca desde que había dejado de beber. Comencé a vivir de nuevo. Supongo que si Isabel hubiese llegado en aquel preciso momento, a estas horas estaría yo casada con Larry. Ni sé qué tal hubiese salido la cosa. — Pero no llegó... —No. Estaba furiosa con ella. ¿Qué se habría creído, para hacerme esperar así? Entonces vi que el vaso estaba lleno otra vez. Supongo que lo llené sin pensar; pero, me creas o no me creas, no me acordaba de haberlo hecho. Me pareció una tontería echarlo otra vez en la botella, y me lo bebí. No se puede negar que es delicioso. Me sentí otra. Tenía ganas de reír, y ya hacía tres meses que no me pasaba nada parecido. ¿Te acuerdas de Elliott, que dijo que había visto a algunos polacos beberlo en vasos de agua sin pestañear? Bueno, pues yo me dije que lo que podía hacer un polaco lo podía hacer yo también, así que vacié los posos del café en la chimenea, y llené la taza hasta el borde. ¡Qué maravilla! Luego ya no sé lo que pasó; pero no creo que quedara mucho en la botella cuando yo acabé. Decidí desaparecer antes de que volviera Isabel. Casi me pescó. En el mismo momento en que salía a la calle oí la voz de Joan. Volví a subir la escalera, me escondí, pasaron, bajé a la calle volando y me metí en un taxi. Le dije al chófer que fuera aprisa, y cuando me preguntó que adonde íbamos solté la carcajada. Me encontraba feliz a más no poder. — ¿Volviste a tu piso? —le pregunté, aunque sabía que no lo hizo. — ¿Crees que soy idiota? Comprendí que Larry me buscaría, y no me atreví a ir a ninguno de los sitios de costumbre, así que me fui a casa de Hakim. Allí, me dije, no me encontrará Larry. Además, quería fumar. — ¿Quién es Hakim? —Un argelino que sabe darle a una opio siempre que lo pague. Era gran amigo mío. Hakim te busca lo que quieras... Siempre tiene media docena de argelinos a mano. Estuve allí tres días. ¡Y qué tres días! Me desquité del tiempo perdido —empezó a reír—; pero tenía miedo. No me encontraba segura en París. Además se me acabó el dinero, pues esos argelinos son caros, los muy tal, así que me fui a casa, di a la portera cien francos y le dije que si alguien preguntaba por mí le contestara que me había ido fuera; hice el equipaje y aquella noche tomé el tren para Tolón. Hasta que no llegué aquí no me encontré a salvo. — ¿Y has estado aquí desde entonces? — ¡A ver! Y aquí me voy a quedar. Aquí hay todo el opio que quieras, porque los marineros lo traen de Oriente, y es bueno; no la porquería que te venden en París. Tengo una habitación en un hotel. El «Commerce et la Marine»; ya lo conocerás, supongo. Cuando entras allí de noche, los pasillos apestan a opio —aspiró voluptuosamente—. Dulzón y acre, y comprendes que están fumando en las habitaciones, lo que te da la sensación de estar en casa. Y no hacen preguntas en el hotel. A las cinco de la mañana llaman a golpes en la puerta, para que los marineros lleguen a tiempo al barco, de manera que tampoco hay que preocuparse de eso. —Y añadió sin parar —: El otro día vi un libro tuyo en un escaparate; de haber sabido que iba a verte lo hubiera comprado y traído para que lo firmaras. Al pasar por una librería me había parado a mirar el escaparate, en donde vi, entre otros libros nuevos, la traducción de una novela mía que hacía poco se había publicado. —No creo que pueda divertirme gran cosa —le dije. —No sé por qué no. Te advierto que sé leer. —Y tengo entendido que escribir también. Me miró rápidamente y se echó a reír. —Sí; escribía versos cuando era niña. Supongo que eran terribles, pero a mí me parecían magníficos. Te lo habrá contado Larry, ¿no? —Vaciló durante unos instantes—. Esta vida es un asco, eso no tiene duda; pero de vez en cuando se presenta una ocasión de pasarlo bien, y si no te aprovechas eres un memo. —Echó hacia atrás la cabeza en señal de reto—. Si compro ese libro, ¿me lo dedicarás? —Me voy mañana. Si de verdad lo quieres, yo compraré uno y te lo dejaré en el hotel. — ¡Ah!, pues muy bien. Atracó en aquel momento una lancha de la Marina y saltó a tierra un nutrido grupo de marineros. Sophie les pasó revista con una mirada. —Ese que viene ahí es mi amigo. —Hizo señas con la mano—. Convidale a beber algo y desaparece. Es corso, y celoso como un demonio. Vino hacia nosotros un muchacho, vaciló al verme a mí, pero al hacerle Sophie una seña llamándole se acercó. Era alto, moreno, iba afeitado y tenía magníficos ojos negros, nariz aguileña y pelo rizado y negro como ala de cuervo. No representaba más de veinte años. Sophie me presentó como una amigo de su infancia. —Es imbécil, pero maravilloso —me dijo. —Te gustan montaraces, ¿eh? —Cuanto más, mejor. —Uno de estos días te cortarán el cuello. —No me extrañaría —sonrió—. No se perderá nada bueno. — ¿Vamos a hablar francés, o qué? —dijo el marinero hoscamente. Sophie se volvió hacia él con una sonrisa en la que advertí cierta burla. Hablaba el francés con soltura, usando muchas palabras de argot con pronunciado acento inglés, el cual daba a los viles y obscenos vulgarismos que salpicaban su discurso una fuerza cómica que obligaba a

reír. —Estaba diciéndole lo guapo que eres, pero para no herir tu modestia se lo he dicho en inglés. —Se dirigió a mí —. Y es fuerte. Tiene músculos de boxeador. Tócaselos. Estas lisonjas disiparon el enfado del marinero, quien, sonriendo complaciente, dobló su brazo para destacar el bíceps. —Toque —dijo—, toque. Así lo hice, y expresé pertinente admiración. Charlamos durante unos minutos. Pagué las consumiciones y me levanté. —Me tengo que ir. —Me alegro de haberte visto. No te olvides del libro. —Descuida. Estreché la mano a ambos y me alejé. Al pasar por una librería me detuve, compré el libro y escribí en él el nombre de Sophie y el mío. Luego, porque se me ocurrió de repente, y porque no pude pensar en otra cosa, escribí el primer verso del encantador poemita de Ronsard que está en todas las antologías: *Mignonne, allons voir si la rose...* Lo dejé en el hotel. Está éste junto al muelle, y he dormido allí a menudo, porque cuando al romper el alba despierta a los viajeros el clarín que llama a sus deberes a los marineros que disfrutan permiso para una noche, el sol se alza brumoso sobre el agua apacible del puerto y presta a los barcos fantasmales una velada belleza. Al día siguiente zarpamos para Cassis, en donde yo quería comprar vino, y después fuimos a Marsella para recoger una cangreja nueva que teníamos encargada. Una semana más tarde volví a casa. 7. Encontré al llegar un recado de Joseph, el criado de Elliott, comunicándome que su señor estaba en la cama enfermo y que a Elliott le gustaría verme. Al día siguiente fui en automóvil a Antibes. Antes de conducirme a la alcoba de su amo, Joseph me dijo que Elliott había tenido un ataque de uremia y que el médico consideraba grave su estado. Había logrado vencer la crisis e iba mejorando gradualmente, pero tenía mal los riñones y era imposible que sanara por completo. Joseph llevaba cuarenta años con Elliott, a quien profesaba mucho cariño; pero aunque el tono de su voz indicaba pena, era imposible no advertir la interna satisfacción que, como es frecuente en los criados, le inspiraba la tragedia casera. —*Ce pauvre Monsieur* —suspiró—. Evidentemente tenía sus manías, pero en el fondo era bueno. Algún día hay que morirse. Hablaba como si Elliott estuviese a punto de exhalar su postrer suspiro. —Estoy seguro de que se habrá acordado de usted en su testamento, Joseph —le dije. —Es de esperar —respondió lúgubrementemente. Me sorprendió al entrar en la habitación de Elliott encontrarle tan animado. Estaba pálido y muy avejentado, pero alegre. Vi su rostro recién afeitado y su pelo peinado atildadamente. Tenía puesto un pijama de seda azul, en cuyo bolsillo vi sus iniciales debajo de la corona condal. Las mismas iniciales, de tamaño mucho mayor, y con la corona, eran perceptibles también bordadas sobre el embozo de las sábanas. Le pregunté qué tal se encontraba. — Perfectamente bien —respondió alegremente—. No tengo más que una indisposición pasajera. Dentro de unos días ya estaré como si tal cosa. El sábado vendrá a comer el gran duque Dimitri, y ya le he dicho al médico que me tiene que poner bueno para entonces, cueste lo que cueste. Estuve con él media hora, y al salir le dije a Joseph que no dejara de avisarme si Elliott sufría una recaída. Me quedé atónito cuando una semana más tarde, al ir a comer con una vecina mía, me encontré con Elliott entre los invitados. Vestido para la ocasión, parecía un muerto. —No debieras salir, Elliott —le dije. — ¡Qué tontería! Frieda espera a la princesa Mafalda. Conozco a la familia real italiana hace no sé cuántos años, desde que la pobre Louisa estuvo en poste en Roma, y no iba a fallarle a la buena de Frieda. No supe si admirar su indomable valor o si lamentar que a su edad, herido de mortal dolencia, conservase aún su pasión por la vida de sociedad. Nadie hubiera pensado que estaba enfermo. Como un actor agonizante que, cubierta la cara de grasienta pintura, sale a las tablas y olvida momentáneamente suplicios y dolores, Elliott representó su papel de pulido cortesano con su acostumbrada seguridad. Mostróse de amabilidad infinita, atento lisonjeador para con los adecuados personajes, y de agudo ingenio, con aquel su malicioso desenfado en el cual era maestro. Creo que jamás le vi demostrar sus dotes de hombre de salón de tan palmaria manera. Cuando se retiró Su Alteza (y fue digna de ver la gracia con que Elliott se inclinó ante ella, logrando expresar al mismo tiempo respeto por su jerarquía y admiración de anciano por su femenina belleza) no me extrañó escuchar a la señora de la casa que Elliott había sido el alma de la comida. Unos días más tarde cayó en cama de nuevo, y el médico le prohibió salir de su habitación. Elliott se mostró fuera de sí. — ¡Que esto me haya pasado en este momento! ¡Con lo animada que está la temporada! Y recitó una larga lista de personas de importancia, todas las cuales estaban veraneando en la Costa Azul. Yo iba a verle cada tres o cuatro días. Unas veces le encontraba en cama, mas otras estaba en un diván, luciendo una babilónica bata multicolor. Parecía poseer una inagotable variedad de tales prendas, pues no recuerdo haberle visto la misma dos veces. En una de estas ocasiones, comenzaba ya agosto, le hallé inusitadamente callado. Joseph me había dicho, al abrirme la puerta, que estaba algo mejor, y me sorprendió verle tan apagado. Procuré animarle refiriéndole los chismorreos de la Costa que habían llegado a mis oídos, pero su falta de interés me resultó patente. Advertí entre sus ojos un ligero ceño y una hosquedad en su talante poco común. — ¿Vas a ir a la fiesta de Edna Novemali? —me preguntó de repente. —No; claro que no. — ¿Te ha invitado? —Ha invitado a toda la Costa Azul. Era la princesa Novemali una americana de inmensa fortuna, que se había casado con un príncipe romano, pero no un príncipe corriente de tres al cuarto, tan abundantes en Italia, sino el cabeza de una gran familia, descendiente de un condottiero que había ganado con la espada un principado en el siglo XVI. Contaba la princesa sesenta años, era

viuda, y como quiera que el régimen fascista pretendiese apropiarse de una parte de sus pingües rentas de origen americano, harto elevada para que la princesa lo hallara de su agrado, se fue de Italia y se hizo construir, en una magnífica finca más allá de Cannes una villa florentina. Había hecho llevar de Italia mármoles con que cubrir los muros de sus vastos salones, e hizo ir a pintores italianos para decorar sus techos. Sus cuadros y bronceos eran de extraordinario mérito, y hasta Elliott, poco aficionado a los muebles italianos, reconocía que los de la princesa eran magníficos. Los jardines eran deliciosos, y la piscina debió de costar una fortuna. Era conocida por su hospitalidad, y nunca sentaba a su mesa a menos de veinte personas. Había anunciado por entonces un baile de disfraces, señalado para la noche de luna llena del mes de agosto, y aun cuando faltaban todavía tres semanas, no se hablaba de otra cosa en la Costa Azul. Iban a quemarse fuegos artificiales y tenía contratadas a una orquesta de negros famosa en París. Los monarcas exiliados andaban comentando entre ellos que la fiesta costaría más de lo que cualquiera de ellos tenía para vivir durante un año. —Es principesco —decían. —Es una locura —decían. —Es de pésimo gusto —decían. —¿Qué traje te vas a poner? —me preguntó Elliott. —Pero ¿no te he dicho que no voy a ir? ¿Crees que me voy a poner un disfraz a mis años? —A mí no me ha convidado —dijo con voz ronca. Me miró con ojos doloridos. —Ya te convidará —dijo alegremente, para animarle—. Quizá no estén repartidas aún todas las invitaciones. —No; no piensa convidarme —y le falló la voz—. Es un insulto preconcebido. —No, hombre, eso no lo puedo creer. Se le habrá pasado. —No soy yo persona de quien la gente se olvide por descuido. —De todos modos, no hubieras estado en condiciones de ir. —Claro que lo hubiese estado. ¡La fiesta del año! Aunque estuviese postrado en mi lecho de muerte me hubiera levantado para ir. Tenía preparado el traje de mi antepasado el conde de Lauria para ello. No supe qué decir, y callé. —Poco antes de venir tú ha estado a verme Paul Barton —dijo Elliott de pronto. No puedo esperar que el lector recuerde a Barton, ya que yo mismo he tenido que consultar lo ya escrito para ver el nombre que le he dado. Paul Barton era aquel muchacho americano a quien Elliott presentó a la sociedad inglesa, y que había provocado su animosidad al prescindir de su protector tan pronto como no le fue necesario. Se había hablado bastante de él durante los últimos tiempos, primero, por haber adquirido naturaleza británica, y segundo por su matrimonio con la hija de un magnate de la Prensa, elevado recientemente a Par del Reino. Con la ayuda de semejante influencia y con su propia habilidad era evidente que llegaría lejos. Elliott hablaba de él con rabia. — Cuando me desperté por la noche y oigo a un ratón rascando en la madera, me digo: «Es Paul Barton, subiendo con uñas y dientes». Créeme: acabará en la Cámara de los Lores. Gracias a Dios no estaré yo vivo para verlo. —¿Qué quería? —le pregunté, pues sabía tan bien como Elliott que Barton no hacía nada desinteresadamente. —¿Qué quería! —dijo Elliott fuera de sí—. ¡Quería que le prestara mi traje del conde de Lauria! —¿Qué frescura! —¿No comprendes lo que eso significa? Que sabe que Edna no me ha invitado y que no piensa hacerlo. Ella misma se lo habrá dicho. ¡La muy bruja! No hubiera llegado a ningún lado sin mi ayuda. Di fiestas en su honor y la presenté a todos los que conoce. Está liada con su chófer, como supongo que sabrás. ¡Asqueroso! Se sentó ahí, en esa silla, y me dijo que Edna va a iluminar todos los jardines y que va a haber fuegos artificiales. Me encantan. Y me dijo que la gente no deja en paz a Edna. Pidiéndole invitaciones, pero que a todos les dice que no, porque quiere que la fiesta sea verdaderamente brillante. Durante todo el tiempo estuvo hablando como si no hubiera que pensar siquiera en que me invitara a mí. —¿Y le vas a dejar el traje? —¡Ni aunque de ello dependiera su vida! Será mi mortaja. —Elliott se sentó en la cama y se movió de un lado a otro, como una mujer agobiada—. ¡Es tan grande la maldad! ¡Los odio! ¡Los odio a todos! Todo les parecía poco para halagarme cuando podía yo convidarlos, pero ahora que estoy viejo y enfermo ya no les sirvo para nada. Ni diez personas han venido a preguntar por mí desde que caí en cama, y en lo que va de semanas no he recibido más que un ruín ramo de flores. ¡Yo, que todo lo hice por ellos! Han comido en mi mesa y han bebido mis vinos. Les he hecho regalos. Les he dado fiestas. Ningún sacrificio he regateado para complacerlos. ¿Y qué he sacado de todo ello? ¡Nada, nada y nada! No hay ni uno de todos ellos a quien le importa que me muera o que viva. ¡Qué crueldad! —comenzó a llorar. Las lágrimas, grandes y pesadas, comenzaron a correr por sus arrugadas mejillas—. ¡Ojalá no hubiera salido nunca de América! Era lamentable ver a aquel anciano, cuya tumba bostezaba ante él, llorar como un niño porque no le han convidado a una fiesta: escandaloso, y al mismo tiempo de un patetismo casi intolerable. —No te importe, Elliott; a lo mejor llueve la noche de la fiesta. Se agarró a mis palabras como ese hombre a punto de ahogarse, de quien todos hemos oído hablar, que se agarra a una tabla. Empezó a reír mientras aún corrían sus lágrimas. —Eso no se me había ocurrido. Voy a rezar a Dios, como jamás he rezado, para que llueva. Tienes razón. Eso echaría a perder la fiesta. Logré encauzar su frívola mente por otros canales y le dejé si no alegre, por lo menos algo más tranquilo. Pero no quise contentarme con eso, y tan pronto como llegué a casa llamé a Edna Novemali, y diciendo que tenía que ir a Cannes al día siguiente, pregunté si podría comer en su casa. Me mandó decir que tendría mucho gusto en verme, pero que no habría nadie. No obstante, cuando llegué encontré allí a diez invitados. Edna, generosa y hospitalaria, no era mala persona, y no tenía más

defecto grave que su lengua maliciosa. No podía evitar el decir cosas lamentables hasta de sus más íntimos amigos; pero se debía esto a su estupidez y a que no conocía otro procedimiento de hacer interesante su conversación. Como sus injurias eran repetidas, ocurría que a veces se interrumpían sus relaciones con aquellos acerca de los cuales hablaba, pero como daba fiestas animadas, la mayor parte de los injuriados la perdonaban pasado algún tiempo. No quise exponer a Elliott a la humillación de tener que pedirle que le invitara a su próximo sarao, y aguardé a observar como estaban las cosas. Edna estaba entusiasmada con la fiesta y apenas habló de otra cosa durante la comida. —A Elliott le encantará tener oportunidad de ponerse su traje del tiempo de Felipe II —dije en el tono más indiferente que pude. —No le he invitado —dijo ella. — ¿Por qué? —repliqué con aire de fingida sorpresa. — ¿Por qué iba a invitarle? Ya no cuenta socialmente. Es un pesado, un snob y un chismoso. Como estas acusaciones igual pudieran serle hechas a ella, la cosa me pareció excesiva. Edna era una necia. —Además —añadió—, quiero que Paul se ponga el traje de Elliott. Estará guapísimo. No insistí, pero decidí conseguir para Elliott, por las buenas o por las malas, la invitación objeto de sus ansias. Después de comer, Edna salió con sus invitados al jardín, lo cual me ofreció la oportunidad que estaba buscando. Como quiera que en cierta ocasión pasé algunos días convidado en la casa, conocía bien su organización, lo que me hizo suponer que aún quedaría cierto número de invitaciones y que estarían en el despacho de la secretaria. Allí me dirigí con la intención de guardarme una en el bolsillo, escribir más tarde en ella el nombre de Elliott y echarla al correo. No ignoraba que se encontraría demasiado enfermo para asistir a la fiesta, pero al recibir la invitación sería para él gran consuelo. Me desconcertó al abrir la puerta de la habitación ver a la secretaria de Edna trabajando en su mesa, pues creí que estaría comiendo aún. Era una mujer de cierta edad, escocesa, llamada Miss Keith, de pelo rubio rojizo y cara pecosa; usaba lentes y tenía un aire de perseverante doncella. Me repuse de mi sorpresa. —La princesa está enseñándoles el jardín a los invitados y se me ha ocurrido venir a fumar un cigarrillo con usted. —Sea bienvenido. Hablaba con dejo escocés, y cuando se permitía entregarse al seco humor que reservaba para sus favoritos, aumentaba su acento tan notablemente que resultaban sus comentarios singularmente divertidos; pero cuando quien la oía soltaba la carcajada, ella le miraba con expresión de dolida sorpresa, como si considerara necio encontrar graciosas sus frases. —Supongo que esta fiesta le estará suponiendo a usted trabajo de lo lindo, Miss Keith —le dije. —Ya no sé ni dónde tengo la cabeza. Sabía yo que podía fiarme de ella, y abordé el asunto sin circunloquios: — ¿Por qué no ha convidado a Mr. Templeton? Miss Keith toleró que una sonrisa cruzase por sus austeras facciones. —Ya sabe usted cómo es. Le ha tomado manía. Ella misma borró el nombre de la lista. —Se está muriendo. No volverá a levantarse. Y le ha dolido terriblemente el desaire. —Si tenía interés en conservar la amistad de la princesa, más le hubiera valido no andar diciendo a todo el mundo que ella tiene que ver con su chofer. — ¿Y no es cierto? Miss Keith me miró por encima de los lentes. — Llevo veintiún años de secretaria, Mr. Maugham, y nunca me he apartado de la regla de considerar a quienes me emplean tan puros como la nieve recién caída. Confesaré que cuando una de mis señoras se encontró embarazada de tres meses, cuando hacía seis que Milord estaba cazando leones en África, mi fe sufrió una dura prueba; pero Milady hizo un breve y carísimo viaje a París, y todo se arregló. Milady y yo compartimos un gran suspiro de tranquilidad. — Miss Keith, no he venido a fumar un cigarrillo con usted; he venido a robar una invitación para mandársela yo mismo a Mr. Templeton. —Lo cual me parecería indicio de una palmaria falta de escrúpulos. —Concedido. Sea usted buena. Déme una invitación. Mr. Templeton no vendrá a la fiesta, pero se sentirá muy feliz. Usted no tiene nada en contra suya, ¿verdad? —No. Siempre se ha mostrado muy cortés conmigo. Es un señor, no se puede negar, y eso es más de lo que se puede decir de las gentes que vienen aquí a saciarse a costa de la princesa. Todas las personas importantes tienen cerca de sí a personas subordinadas, las cuales encuentran numerosas ocasiones de oír lo que se dice de su superior. Estos dependientes son extremadamente susceptibles a cualquier desaire, y cuando no son tratados de la manera que estiman merecer, pueden, con hábiles insinuaciones, repetidas pertinazmente, predisponer a sus señores contra quien provoca su animosidad. Esto lo sabía Elliott mejor que nadie, y nunca olvidaba dedicar una frase gentil o una cordial sonrisa al pariente pobre, a la antigua doncella o a la amable secretaria. No dudé que había cambiado frecuentemente con Miss Keith bromas amables y que nunca olvidó mandarle en Navidades una caja de bombones, una polvera o un bolso. —Ande, Miss Keith, compadézcase usted. Miss Keith se aseguró los lentes en la prominente nariz. —Estoy segura de que no querrá usted que yo cometa una deslealtad para con mi señora, Mr. Maugham, y además la muy bruja me despediría instantáneamente si se entera de que la había desobedecido. Las invitaciones están dentro de sus sobres encima de la mesa. Yo voy a asomarme a la ventana, en parte para estirar las piernas y además para gozar de la vista. De lo que ocurra en esta habitación mientras estoy vuelta de espaldas, ninguna justicia, divina o humana, puede hacerme responsable. Cuando Miss Keith volvió a ocupar su silla, la invitación estaba en mi bolsillo. —Me alegro mucho de haber tenido ocasión de saludarla, Miss Keith —le dije, alargándole la mano—. ¿Qué se va usted a poner para asistir al baile? —Olvida usted, Mr. Maugham, que soy hija

de un pastor protestante —respondió—. Esas sandeces se las dejo a las clases patricias. Mis obligaciones terminarán una vez que haya dado a los reporteros del Herald y del Mail una buena cena y una botella de champaña de calidad inmediatamente inferior al mejor que tenemos. Y entonces me retiraré a la soledad de mi habitación con una novela policiaca. 8. Un par de días más tarde, cuando fui a ver a Elliott, le encontré resplandeciente. — ¡Mira! ¡La invitación! Me ha llegado esta mañana. Sacó la tarjeta de debajo de la almohada y me la enseñó. —Lo que te dije — comenté—. Como tu nombre empieza con T, la secretaria no habrá llegado a él hasta ahora. —Aún no he contestado. Lo haré mañana. Esto me alarmó durante un momento. — ¿Quieres que lo haga yo por tí? Podría echar la carta al correo al salir de aquí. —No, ¿a santo de qué? Me considero capaz de contestar a las invitaciones que se me hacen. Afortunadamente, pensé, la carta la abriría Miss Keith, quien tendría el sentido común de hacerla desaparecer. Elliott llamó al timbre. —Quiero enseñarte el traje. —No estarás pensando en ir, Elliott. —Claro que lo estoy. No me lo he puesto desde el baile de los Beaumont. Acudió Joseph a la llamada, y Elliott le mandó que llevara el traje. Estaba en una gran caja aplastada, envuelta en papel de seda. Lo formaban largas calzas de seda blanca, abultadas trusas acuchilladas de tisú de oro, con fondo de seda blanca, jubón apropiado al resto, capa, gola, aterciopelada gorra plana y una larga y áurea cadena, de la que pendía la Orden del Toisón de Oro. Comprendí que se trataba de una copia del fastuoso atuendo que luce Felipe Segundo en el retrato de Tiziano que está en el «Museo del Prado», y cuando Elliott me explicó que era exactamente el traje que llevó el conde de Lauria a la boda del rey de España con la reina de Inglaterra, no pude reprimir el pensamiento de que estaba dando rienda suelta a su imaginación. A la mañana siguiente fue interrumpido mi desayuno por una llamada telefónica. Era Joseph, para decirme que Elliott había tenido otro ataque durante la noche y que el médico, llamado urgentemente, dudaba de que sobreviviese al día. Mandé por el coche y me dirigí a Antibes. Encontré a Elliott sin sentido. Se había negado cabezonamente a tomar una enfermera, pero vi a una allí, enviada por el médico desde el hospital inglés que hay entre Niza y Beaulieu, lo cual me alegró. Volví a salir y telegrafí a Isabel, que estaba veraneando con Gray y las niñas en La Baule, lugar poco costoso de vacaciones. El viaje era largo, y temí que no llegaran a tiempo a Antibes. Exceptuando a sus dos sobrinos, a los que Elliott no había visto hacía muchos años, Isabel era la única familia de Elliott. Pero la voluntad de vivir era en él tan fuerte, o quizá los medicamentos del galeno fueran tan eficaces, que recobró algo las fuerzas durante el día. Aunque destrozado, simuló valor y se dedicó a divertirse haciendo a la enfermera muy desenfadadas e inconvenientes preguntas acerca de su vida íntima. Permanecí con él casi toda la tarde, y al día siguiente, al volver junto a él, le encontré, aunque muy débil, bastante animado. La enfermera no quiso permitirme que estuviera con él más que un rato. Yo estaba preocupado, pues no había recibido respuesta a mi telegrama. Como desconocía la dirección de Isabel en La Baule, envié el telegrama a París y temí que el portero no lo hubiese retransmitido inmediatamente. No recibí contestación hasta dos días más tarde, en la que me decían que se pondrían inmediatamente en camino. Quiso la mala suerte que Gray e Isabel estuvieran haciendo una excursión en automóvil por Bretaña, y mi telegrama les llegó con retraso. Consulté la guía de ferrocarriles y vi que tardarían por lo menos treinta y seis horas en llegar. A la mañana siguiente, Joseph volvió a llamarme para decirme que Elliott había pasado la noche muy mal y que estaba preguntando por mí. Fui tan aprisa como pude. Cuando llegué, Joseph me llevó aparte. —Monsieur me perdonará si le hablo de un asunto delicado —me dijo—. Yo soy, naturalmente, librepensador y creo que todas las religiones no son sino una confabulación de los curas para dominar al pueblo, pero Monsieur sabe lo que son las mujeres. Mi esposa y la primera doncella insisten en que el pobre señor reciba los últimos sacramentos, y es evidente que no queda ya mucho tiempo —me miró ligeramente avergonzado—. Y el hecho es que nunca se sabe; quizá si uno va a morir sea mejor arreglar sus asuntos con la Iglesia. Le entendí perfectamente. Por muy desenfadadamente que sobre tales asuntos hablen, la mayoría de los franceses, cuando les llega su última hora, prefieren hacer las paces con una fe que llevan en la sangre y en los huesos. —Si Monsieur tuviera la bondad... No era encargo muy de mi gusto; pero, después de todo, Elliott fue durante muchos años devoto católico y era oportuno que cumplierse las obligaciones de su fe. Subí a su cuarto. Estaba echado de espaldas, arrugado y sin color, pero con todas sus luces. Le dije a la enfermera que nos dejara solos. —Mucho me temo, Elliott, que estés grave. Y he pensado, se me ha ocurrido, si no querías ver a un sacerdote. Me miró durante un minuto sin hablar. — ¿Quieres decir que me voy a morir? —Hombre, espero que no. Pero más vale tomar precauciones, aunque resulten innecesarias. —Te comprendo. Calló. Es terrible tener que decir a alguien lo que yo acababa de exponer a Elliott. No pude mirarle. Apreté los dientes, pues temí que se me saltasen las lágrimas. Estaba sentado en su cama, de cara a él, apoyándome en un brazo extendido. Me dio unas palmaditas en la mano. —No te preocupes, hombre —me dijo—. Nobleza obliga, ¿sabes? Me eché a reír con histeria femenina. — ¡Qué ridículo eres, Elliott! —Así me gusta. Ahora llama al señor obispo y dile que quisiera confesarme y recibir la Extremaunción. Le agradaría que me mandase al Abbé Charles. Es amigo mío. El Abbé Charles era el vicario general del obispo, a

quien he tenido ocasión de mencionar antes de ahora. Bajé al teléfono y hablé con el obispo en persona. — ¿Es urgente? —Mucho. —Ahora mismo atenderé el asunto. Llegó el médico y le dije lo que había hecho. Subió con la enfermera a ver a Elliott y yo me quedé en el piso bajo, en el comedor. No hay más de veinte minutos de automóvil desde Niza a Antibes, y al cabo de una media hora se detuvo ante la puerta de la casa un coche negro. Joseph me llamó. —C'est monseigneur en personne, Monsieur —me dijo excitado—. Es el obispo en persona. Salí a recibirle. No iba acompañado, como de costumbre, de su vicario general, sino, por razones que ignoro, de un joven sacerdote portador de una arqueta, que supuse contenía lo necesario para administrar el Sacramento. El mecánico iba detrás, con una valija negra muy usada. El obispo me estrechó la mano y me presentó a su acompañante. — ¿Cómo está nuestro pobre amigo? —Me temo que muy mal monseñor. — ¿Sería usted tan amable que nos indicara una habitación en la que pudiéramos revestirnos? —El comedor está aquí abajo, monseigneur, y la sala, en el piso de arriba. —El comedor servirá muy bien. Le llevé a él. Joseph y yo aguardamos en el vestíbulo. Pasado un rato, se abrió la puerta y salió el obispo, seguido del sacerdote, que sujetaba con ambas manos el copón, cubierto por una pequeña patena, en la cual descansaba la hostia consagrada. Todo ello iba cubierto por un lienzo de hilo tan fino que era transparente. Nunca había yo visto al obispo, excepto como invitado a una comida o a una cena, y muy buen diente que tenía por cierto; era hombre que hallaba deleite en los manjares delicados o en un vaso de buen vino y excelente narrador de chascarrillos, algo subidos de color ciertas veces. Siempre me pareció un hombre grueso, rechoncho, de altura no superior a la corriente. En aquel momento, con la sobrepelliza y la estola, no sólo parecía alto, sino majestuoso. Su rostro arrebolado, por lo general arrugado por una sonrisa jovial y amable, parecía grave. Nada recordaba ya en él al oficial de caballería que fue antaño; su aspecto correspondía exactamente a lo que era: un alto dignatario de la Iglesia. No me sorprendió ver que Joseph se persignaba. El obispo inclinó ligeramente la cabeza. —Condúzcame al enfermo —dijo. Quise dejarle paso para que subiera la escalera antes que yo, pero me indicó que le precediera. Subimos en medio de un silencio solemne. Entré en el cuarto de Elliott. —El señor obispo ha venido en persona, Elliott. Elliott se esforzó para sentarse en la cama. —Monseigneur, es un honor que nunca me hubiera atrevido a esperar. —No se mueva, amigo mío. —El obispo se volvió hacia la enfermera y hacia mí—. Déjenos. — Y luego al sacerdote le dijo —: Le llamaré cuando le necesite. El sacerdote miró alrededor y comprendí que estaba buscando sitio en que dejar el copón. Empujé hacia un lado los cepillos de concha del tocador. La enfermera se fue al piso bajo y yo conduje al clérigo a la habitación contigua, que Elliott utilizaba como despacho. Estaban las ventanas abiertas, mirando hacia el cielo azul, y el sacerdote se acercó a una de ellas. Yo me senté. Estaba celebrándose una regata de stars, y sus velas, de cegadora blancura, destacaban contra el fondo azul. Una gran goleta, negra de casco, con sus velas bermejas desplegadas, avanzaba contra la brisa hacia el puerto. La reconocí; se dedicaba a la pesca de langostas, y llevaba su cargamento desde Cerdeña para suministrar el plato de pescado de las cenas de gala en los casinos. A través de la puerta cerrada me llegaba el apagado rumor de voces. Elliott se estaba confesando. Sentí grandes ganas de fumar, pero temí que el sacerdote se escandalizara si encendía un cigarrillo. Permanecía mi acompañante inmóvil, mirando por la ventana. Era un muchacho delgado, cuyo pelo, espeso, negro y ondulado, y también los magníficos ojos oscuros y la tez olivácea, indicaban su origen italiano. Su aspecto todo irradiaba el vehemente fuego del Sur, y me pregunté qué apremiante fe, qué ardoroso deseo le habría impulsado a abandonar los placeres de la vida, las alegrías de su edad y la satisfacción de sus sentidos para consagrarse al servicio de Dios. Callaron de pronto las voces de la pieza contigua y miré a la puerta. Se abrió y apareció el obispo. —Venez —dijo al sacerdote. Me quedé solo. Volví a escuchar la voz del obispo y comprendí que estaba diciendo las oraciones que la Iglesia manda se recen junto a los moribundos. Sobrevino un nuevo silencio y adiviné que Elliott estaba recibiendo a Jesucristo Sacramentado. No sé por qué, quizá por algún impulso heredado de lejanos antepasados, aunque no soy católico, nunca puedo presenciar la Misa sin experimentar cierto trémulo asombro cuando el ligero tintineo de la campanilla del monaguillo anuncia el momento de alzar. Y también entonces experimenté un escalofrío, como si un viento helado me atravesara el cuerpo; temblé de espanto y de asombro. Volvió a abrirse la puerta. —Puede usted pasar —dijo el obispo. Entré. El cura estaba extendiendo el sutil paño sobre el sagrado vaso y la patena que contuvo la hostia. Los ojos le brillaban a Elliott. —Acompaña a monseigneur a su coche —me dijo. Bajamos la escalera. Joseph y las criadas aguardaban en el vestíbulo. Las mujeres lloraban. Eran tres, y una tras otra avanzaron hacia nosotros y cayendo de hinojos besaron el anillo del obispo. Éste las bendijo con dos dedos. La mujer de Joseph empujó a éste, avanzó Joseph, cayó de rodillas. El obispo sonrió. — ¿No es usted librepensador, hijo mío? Vi que Joseph hacía esfuerzos desesperados. —Sí, monseigneur. —No permita que eso le atormente. Ha sido usted un criado bueno y fiel para su amo. Dios sabrá perdonarle las limitaciones de su entendimiento. Salí a la calle y abrí la puerta del coche. Me saludó con una inclinación de cabeza, y ya sentado se sonrió con indulgencia. —Nuestro pobre amigo está muy mal. Sus defectos eran solamente superficiales. Tenía un corazón generoso y siempre ha sido bueno

para con sus semejantes. 9. Supuse que Elliott preferiría estar solo después de la ceremonia que acababa de celebrarse y me dirigí a la sala, donde me puse a leer, pero no había hecho más que sentarme cuando llegó la enfermera para decirme que él quería verme. Subí hasta su cuarto. Ya fuera como consecuencia de una inyección que le había puesto el médico para ayudarlo a soportar la prueba, o a causa de la excitación que ésta le había producido, el caso es que le encontré alegremente sereno y con muy brillantes ojos. —Ha sido un gran honor —me dijo. Cambiamos algunas frases más, y yo procuré darle ánimos como mejor pude. Se quedó transpuesto de repente. Me senté y cogí un libro. Siguió durmiendo. A la una entró la enfermera para decirme que Joseph tenía dispuesta mi comida. Encontré a Joseph anonadado. — ¡Imagínese el señor! ¡Venir monseigneur en persona! Ha sido un gran honor. ¿Me vio el señor besarle el anillo? —Sí. —No lo hubiera hecho por mí. Ha sido para satisfacer a mi esposa. Pasé la tarde en el cuarto de Elliott. Se recibió un telegrama de Isabel diciendo que ella y Gray llegarían a la mañana siguiente en el Tren Azul. No parecía probable que llegaran a tiempo. Volvió el médico. Sacudió la cabeza. Al caer la tarde, Elliott despertó y pudo tomar algo de alimento. Esto pareció darle una fuerza momentánea. Me hizo una seña llamándome y me acerqué a su cama. Tenía la voz muy débil. —No he contestado a la invitación de Edna. —No te preocupes de eso ahora, hombre. — ¿Por qué no? Siempre he sido un hombre de mundo, y no veo por qué he de prescindir de mi buena crianza ahora que lo voy a dejar. ¿Dónde está la tarjeta? Estaba en la chimenea y se la puse en la mano, pero dudo de que pudiera verla. —Encontrarás papel de escribir en mi despacho. Si vas por él te dictaré mi contestación. Fui al cuarto contiguo y volví con recado de escribir. Me senté junto a la cama. — ¿Estás listo? — Sí. Tenía los ojos cerrados, pero percibí en sus labios una sonrisa picaresca y me pregunté lo que iría a decirme. — Mr. Elliott Templeton lamenta no poder aceptar la amable invitación de la princesa de Novemali, debido a estar anteriormente comprometido para esa fecha con el Divino Hacedor. Dejó oír una ligerísima risa fantasmal. Tenía la cara de un extraño color blanco azulado, espantoso de contemplar, y exhalaba el nauseabundo olor característico de su enfermedad. ¡El pobre Elliott, que había disfrutado perfumándose con las esencias de «Chanel» y «Molyneux»! Aún sujetaba en la mano la invitación robada, y creyendo yo que le molestaría procuré quitársela, pero apreté él la mano. Me sorprendió entonces oírle hablar en tono recio. — ¡La grandísima zorra! —dijo. Fueron sus últimas palabras. Cayó en el coma. La enfermera había permanecido junto a él toda la noche precedente y tenía un aspecto de estar muy cansada, por lo que le mandé que se acostara, luego de prometer que la llamaría si fuera necesario, y que yo velaría al enfermo. Realmente no había nada que hacer. Encendí una lámpara de discreta pantalla y estuve leyendo hasta que me dolieron los ojos. Entonces apagué la luz y permanecí sentado a oscuras. Estaba templada la noche, y las ventanas abiertas de par en par. La luz de un faro acariciaba el cuarto con su blanco pincel a medidos intervalos. La luna, que al llegar a su plenitud contemplaría la inane y ruidosa animación del baile de máscaras de Edna Novemali, se ocultó, y en el cielo de oscurísimo azul las incontables estrellas fulgían con su brillo aterrador. Quizá me quedara transpuesto, pero mis sentidos permanecieron en avisada vigilancia, y súbitamente me despertó completamente un ruido agitado y malévol, el más espantable rumor que puede escucharse, el estertor agónico. Me acerqué a la cama, y a la luz del faro tomé el pulso a Elliott. Estaba muerto. Encendí la luz de la mesita de noche. Tenía desencajada la boca y los ojos abiertos de par en par. Antes de cerrárselos los contemplé durante un minuto. Me sentí conmovido, y creo que algunas lágrimas cayeron lentamente por mis mejillas. Un amigo antiguo, un hombre bondadoso. Me entristeció pensar lo necia inútil y trivial que había sido su vida. Ya importaba bien poco que se hubiera codeado con todos aquellos príncipes, duques y condes. Ya le habían olvidado. No vi motivo alguno para despertar a la exhausta enfermera, y me volví a mi sillón, junto a la ventana. Cuando entró, a las siete, yo estaba dormido. La dejé para que hiciera lo que estimara oportuno y bajé a desayunarme, hecho lo cual fui a la estación para esperar a Gray y a Isabel. Les dije que Elliott había muerto, y puesto que no había sitio para ellos en la casa, los insté a que fueran a la mía, pero ellos prefirieron acomodarse en un hotel. Yo volví a mi casa para bañarme, afeitarme y cambiarme de ropa. Durante la mañana, Gray llamó para decirme que Joseph les había dado una carta para mí que Elliott le había confiado. Como bien pudiera haber en ella algo que ningunos ojos, salvo los míos, debieran leer, dije que iría sin perder tiempo, y antes de que pasara una hora entraba yo de nuevo en la casa. La carta cuyo sobre escrito decía: Para ser entregada inmediatamente después de mi muerte, contenía instrucciones para las exequias. Yo sabía que Elliott había tenido gran empeño en ser enterrado en la iglesia que había fundado, y ya se lo había comunicado a Isabel. Disponía que se le embalsamara y citaba el nombre de la casa a quien debía encargarse de ello: «He tomado informes —continuaba— y me dicen que lo hacen muy bien. Confío en ti para que te preocupes de que no lo hagan a la ligera. Quiero que me vistan con el traje de mi antepasado el conde de Lauria, que se me ciña su espada al costado y se me coloque el Toisón de Oro en el pecho. Dejo a tu gusto la elección del ataúd, que no deberá ser ostentoso, pero sí adecuado a mi posición. Para evitar molestias a todos, deseo que la casa "Thomas Cook e Hijo" se encargue de todo lo concerniente a mi traslado y que uno de sus empleados acompañe el ataúd

hasta su postrer destino». Recordé haber escuchado a Elliott que quería ser enterrado con su traje de máscara, pero lo tomé por un capricho pasajero y no se me ocurrió que lo dijera en serio. Joseph insistió en que sus deseos se cumplieran, y yo no vi razón alguna para impedirlo. Fue embalsamado el cadáver y luego fui yo con Joseph a vestirlo con aquellas absurdas ropas. Resultó macabra la operación. Metimos las larguiruchas piernas en las sedeñas calzas, ajustándole luego los gregüescos de tisú de oro. No fue sencillo meterle los brazos en las mangas del jubón. Colocamos en su lugar la gran gola almidonada y le echamos por los hombros la capa de seda. Finalmente le tocamos con la gorra y le rodeamos el cuello con el Toisón. El embalsamador le había pintado mejillas y labios con carmín. El pobre Elliott, harto holgada la vestimenta para su encogido cuerpo, parecía un miembro del coro en una ópera de Verdi. ¡Triste Quijote de deleznable propósito! Cuando los empleados de la funeraria le metieron en su ataúd le coloqué la espada de guardarropía a lo largo de su cuerpo consumido, entre las piernas, con las manos descansando en el pomo, como había visto yo en la tumba de cierto cruzado. Gray e Isabel se trasladaron a Italia para asistir al sepelio. (*winston salem university men's basketball*).

Audiolibro El Filo De La Navaja **W Somerset Maugham Cap** **Tulo V**

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>